

APARATOS CONTRA INCENDIOS.

- I. Estragos de los incendios. Medios preventivos. Construcciones incombustibles. Uso del vidrio soluble. Causas de los incendios. Pararayos.
- II. Fenómeno de la combustion. Medios mecánico y asfixiante de terminarla. Barnices. Su ineficacia en los grandes fuegos.
- III. El agua como barniz. Enfriamiento producido. Ventaja del agua sobre los otros líquidos. Bombas ordinarias. Bombas de vapor.
- IV. El vapor como medio asfixiante. Uso del azufre. Chorro de ácido carbónico. Ineficacia general de estos medios.
- V. Sistema mixto. Los extinguidores: sustancias que emplean. Ventajas é inconvenientes. Ataque de los fuegos incipientes. Uso del aire comprimido. Empleo de los extinguidores.
- VI. Bomba química de Ferran. Mata-fuegos de Bañolas. Sus aplicaciones. Aparatos semi-continuos y tren completo. Ventajas é inconvenientes del mata-fuegos.
- VII. Cuerpo de bomberos: su traje. Uso de las escafandras: salvamento de asfixiados. Trajes de amianto. Escaleras de salvamento. Servicio de incendios en Madrid y en España.
- VIII. El servicio de incendios en Nueva-Yorck: bomberos: aparatos: señales. Organización de un depósito. Resultados.

I.

No es necesario apelar á la Estadística ni estampar datos y números para encarecer los gravísimos perjuicios ocasionados á la humanidad por los incendios. Cuando en las guerras se quiere apelar al más bárbaro de todos los medios, se quema las poblaciones: la historia nos presenta á los incendiarios como los destructores por excelencia.

Unos cuantos minutos bastan para consumir los tesoros acumulados por una civilización. El cuadro debido á un famoso pintor, que quizás no encuentre nunca un afortunado competidor; el manuscrito curiosísimo por su rareza; el libro incunable, el objeto único de tal arte, los apuntes de un escritor, todo perece en pocos instantes por la acción de las llamas, quedando reducido á pavesas que el viento arrastra, lo que consumió la vida entera de hombres preclaros é ilustres ingenios.

El fuego destruyó la biblioteca de Alejandría, en la que se atesoraban las ciencias y letras de la antigüedad: Roma perdió en las llamas sus mejores joyas: los incendios que frecuentemente ocurren en todas épocas, han hecho desaparecer riquezas sin cuento y tesoros inapreciables. Las cosechas del afanoso labrador, las obras del artesano laborioso, suelen perecer frecuentemente devoradas por los incendios.

Pero no es esto sólo ni tampoco lo peor: ¡cuántas víctimas humanas no cuesta al cabo del año este azote de los mortales! Ya son los tranquilos habitantes de una casa que se hallan envueltos por las llamas y perecen en medio de ellas, ó asfixiados por sus gases: ya los animosos operarios que se dedican á combatir los incendios, quienes mueren en alas de su arrojo y en cumplimiento de su deber por salvar la vida de sus semejantes, ó por querer conservar los objetos que simbolizan la riqueza y poderío de las civilizaciones que nos han precedido.

Por esto se han propuesto numerosos medios preventivos contra los incendios. Con este fin, se han hecho paredes gruesas que separen las diversas partes de un gran edificio, sobre todo, cuando se le dedica á museo, palacio, biblioteca, etc., las cuales permitan *cortar* el fuego y aislarlo en un recinto reducido; las cornisas deben ser de fábrica, y los huecos de estas paredes, se cerrarán con puertas de hierro (1). Se han empleado también materiales incombustibles, haciendo los suelos y cubiertas de hierro y no usando para nada la madera; lo cual responde al propio tiempo al carácter y dimensiones de los edificios monumentales contemporáneos.

Este último medio no ha producido, á decir verdad, el resultado que de él esperaban algunos. Como quiera que los objetos encerrados en las salas de estos edificios incombustibles están constituidos por sustancias que arden con facilidad, cuadros, libros, muebles, etc.; como además contienen algunos utensilios combustibles, banquetas, ventanas, puertas, alfombras, etc., resulta que hay siempre en su seno pasto para las llamas. Estas suelen consumir por lo tanto los objetos que se deseaba guardar, y lo que es más, concluyen por destruir el edificio, puesto que las dilataciones de las barras metálicas por efecto de la elevación de temperatura, desploman las paredes, rompen los suelos, y dejan la construcción en tales términos, que es preciso rehacerla.

Ejemplo de esto han sido los recientes incendios de algunos almacenes en Lóndres, tenidos por incombustibles, y de algunos teatros en diversos puntos de Europa y América.

(1) El sistema de forjado de suelos y de tabiques en Madrid, contribuye á disminuir los estragos de los incendios, pues el cascote aísla las maderas.

Ni quiere esto decir que se debe desechar en absoluto el uso de las construcciones de las que esté proscrita la madera, sino que no se previene completamente por este medio el mal. Se debe, desde luego, emplear el menor número posible de sustancias combustibles para disminuir así los riesgos del incendio. De aquí la excelente precaución de barnizar las decoraciones de los teatros, y en general los lienzos y maderas, con vidrio soluble, que sin dañar á la belleza artística, impide el que los objetos ardan con llama, pudiéndose por lo tanto sofocar más fácilmente un incendio.

Este procedimiento, que se va generalizando en Alemania, es por desgracia desconocido prácticamente en nuestro país.

Segun datos aproximados, puede asignarse á cada cien incendios los siguientes orígenes: cuatro por efecto del rayo: veintiseis por imprudencia: veinte por malevolencia, y cincuenta por causas ignoradas.

De aquí la precaucion siempre recomendable de colocar uno ó varios pararrayos en los edificios, sobre todo si están aislados. Los millones que costará la reparacion del Escorial, si es que se llega á hacer, por el incendio que una exhalacion le ocasionó hace tres años, se hubieran ahorrado con unos cuantos pararrayos. Ciertamente es que se debe colocar éstos de un modo conveniente, pues de lo contrario producirían más daños que beneficios; pero hábilmente dispuestos, aseguran el edificio de los estragos de la electricidad atmosférica.

II.

Para combatir un incendio, una vez estallado, hay diversos medios, cada vez más perfectos á medida que el hombre centuplica sus fuerzas con las máquinas. Veamos, para comprenderlos, en qué consiste la combustion, causa de tales estragos, al paso que bien dirigida lo es de incalculables beneficios para el hombre.

El aire atmosférico que nos rodea consta de varios gases, de los cuales hay uno, el oxígeno, que forma poco menos del 21 por 100 del aire en volúmen. Este gas oxígeno tiende á unirse íntimamente con casi todos los cuerpos, ó sea á combinarse con ellos; si dicha union se verifica con alguna lentitud, como por ejemplo, con el hierro, se llama hasta vulgarmente *oxidacion*; si se hace con rapidez se titula *combustion*. En toda combinacion hay produccion ó consumo de calor, pero notablemente en la combustion: el cambio molecular efectuado origina ó absorbe una parte de calor; mejor dicho, el calor no es sino una nueva forma del trabajo mecánico debido á la nueva agrupacion de los elementos del cuerpo.

Si esta cantidad de calor es notable, nos permite ver un fenómeno luminoso, al par que se nota el calorífico.

De aquí resulta, para nuestro propósito, que la combustion exige el aire atmosférico: si éste afluye en grandes cantidades, como sucede con los vientos ó con el tiro de las chimeneas, es muy activo el fenómeno: si, por el contrario, los gases producidos en los que predomina el ácido carbónico no tienen salida y dificultan el acceso del aire, ó esto se ejecuta cerrando el paso de éste, la combustion languidece y concluye por apagarse el cuerpo.

De lo anterior se deduce que los principales medios para atajar un incendio se reducen á dos, ó bien impedir el contacto del aire ordinario con el combustible, cubriendo á éste con un sólido ó líquido, ó bien viciar el aire para que disminuya su oxígeno; esto es, el elemento comburente. Pudiéramos decir que el primer medio obra *mecánicamente*; el segundo *por asfixia*.

Ya hemos dicho anteriormente que el vidrio soluble era un verdadero barniz trasparente que impedía la formacion de la llama, aunque no la combustion lenta del cuerpo que cubre. Pues bien, si hubiera un medio de proyectar sobre los objetos en ignicion sustancias sólidas que se liquidaran con el calor del fenómeno, ó bien líquidas, y formaran un barniz no combustible, éste impediría el acceso del aire y causaría el efecto deseado. Esto se ha propuesto hace varios años, empleando algún silicato fusible, ó bien una disolucion de alumbre que al evaporarse el agua deja un barniz, ó de otra sal de análogas propiedades físicas en este punto.

Hará cosa de veinte ó treinta años se verificaron en Paris, y tambien en Madrid, experimentos en este sentido, obteniendo resultados favorables cuando los objetos estaban convenientemente dispuestos. Así, por ejemplo, el entarimado de una habitacion puede recubrirse con uno de estos barnices, proyectado por cualquier medio en el momento del peligro; la llama se apaga á los pocos segundos. Otro tanto decimos de una charca llena de brea, á la que se prende fuego, el cual se extingue no bien se la cubre con la capa preservadora.

Pero esto es ineficaz en superficies curvas ó en planos inclinados, y sobre todo en los verticales, así como en los horizontales, cuando el elemento destructor les ataca por su parte inferior. Entónces el barniz gotea, ya sea al fundirse, ó si va en disolucion: cae por consiguiente, y deja al descubierto las caras que debiera preservar. Por esta razon es impracticable este medio en el incendio de un edificio, cuyas vigas no podría proteger más

que en sus caras horizontales superiores. Los ensayos lo probaron, y de aquí que no se hable ya hoy del asunto.

Sin embargo, el cubrir con tierra ó arena los objetos incendiados, práctica excelente aunque exige muchos brazos, no es más que una variante de este procedimiento: establecer un sudario que no deje pasar el aire. Pero, como en el caso anterior, esto no se puede aplicar generalmente sino á superficies horizontales superiores. Es eficaz cuando se trata de un líquido muy combustible, y cuya gran potencia calorífica evapora el agua que se le echa para apagar sus llamas, por ejemplo, el petróleo.

III.

El empleo del agua en los incendios, seguido desde los tiempos más remotos, está basado en las consideraciones anteriores y en algunas otras que en breve indicaremos. El líquido más común forma una capa que impide el contacto del aire, y por tanto apaga los cuerpos en ignición.

Además de esto hay en el agua otra ventaja, que es bajo otro aspecto un inconveniente. Como ésta pasa al estado gaseoso, esto es, hierve á 100°, temperatura mucho menor que la producida en los incendios, resulta que se convierte en vapor una gran parte, sino toda la que se proyecta, lo cual la hace perder la condición de verdadero barniz. Al hacerlo absorbe una enorme cantidad de calor, enfría por lo tanto al combustible, y la combinación química languidece, cuando no cesa, por no tener las condiciones convenientes. Esto lo verifica el agua, sea cualquiera la forma y posición de las superficies sobre que cae, aunque en mejores condiciones sobre las horizontales superiores.

De aquí la necesidad de arrojar grandes cantidades de agua, para que sustituyan á las que se evaporan, con objeto de poder tener, si es posible, una capa líquida preservadora, ó por lo ménos para enfriar notablemente el cuerpo. En el barniz bastaba una porción relativamente menor que con el uso del agua sencilla.

El empleo del agua es preferible al de todo otro líquido que tienda á obrar del mismo modo que el primero, no sólo por ser el más abundante en nuestro planeta, sino también por tener mayor capacidad calorífica que los demás, esto es, por consumir más calor al elevar su temperatura, y por tener también mayor calor de cambio de estado, esto es, por absorber mayor cantidad de calor al convertirse en vapor. En términos vulgares, un kilogramo de agua que se eche en un hogar, le roba más calor que si fuera otro líquido, y por tanto le enfriará más, ó sea, lo apaga con mayor rapidez.

Los líquidos tienen la gran ventaja sobre los sólidos de poderse lanzar por presión desde una cierta distancia del edificio en llamas. Puede también combinarse su ventaja con la del barniz sólido, haciendo que el agua lleve en disolución una sal que deje al evaporarse un residuo fusible, pero no vaporizable, conforme digimos anteriormente del alumbre. Esto aumenta algo el coste, y sólo debe emplearse para atacar superficies horizontales en combustión, pues en los demás casos ya hemos dicho que sería inútil.

El agua se ha empleado durante muchos siglos elevada á mano en cubos, que se vertían sobre las llamas. Modernamente se pensó en aprovechar la falta, casi completa, de compresibilidad en los líquidos para establecer bombas impelentes, generalmente de dos cuerpos, en las que se vierte el agua, y cuyos émbolos, movidos á brazo, la inyectan contra el punto deseado. Estas bombas se han ido perfeccionando de día en día: hoy llevan un depósito de aire, para que éste, al comprimirse por el líquido, obre como un resorte, y la salida del chorro sea continua. Los émbolos, las válvulas, las mangas, todos los elementos de las bombas reciben de día en día mejoras de detalle que las hacen más eficaces y ménos expuestas á desarreglos.

Estas bombas, montadas en un carrito que trasporta una caballería, pueden moverse por cuatro, seis, ocho ó más hombres, que obran sobre unas palancas articuladas con los émbolos: su alcance depende de la sección de la manga y del número de hombres, obrando ambas causas en sentido contrario. De aquí el haber ocurrido en nuestra época la aplicación del vapor á las bombas. El carro lleva una máquina de vapor, con la que se mueve la bomba. A veces esta misma máquina sirve para transportar el carro. La potencia se acrecienta fabulosamente. En Inglaterra hay bombas de vapor que lanzan una tonelada de agua á grandes distancias y en brevísimo plazo.

La presión fuerte del líquido no sólo tiene por objeto hacerle llegar al punto conveniente, sino también inyectarle en los maderos que arden, haciendo que penetre por sus hendiduras y enfrie algo su interior. Mucha agua: hé aquí el principal y casi único medio que hoy se sigue para combatir los incendios, de lo contrario se apaga el fuego de la superficie, pero revive por el interior.

Algunas de estas bombas, sobre todo las de vapor, suelen tener un tubo de aspiración, siendo entonces de las llamadas aspirante-impelentes. De esta suerte se eleva el agua con un segundo tubo desde un pozo, un charco ó un río. Los conductos y tuberías que existen en las poblaciones

modernas permiten disponer de medio seguro y abundante para surtir las bombas, evitando su aspiración. Esta no puede nunca pasar de diez metros de desnivel.

Las formas y tipos de las bombas varían algún tanto; pero no es nuestro objeto darlas á conocer en sus detalles, lo que nos obligaría á entrar en descripciones enojosas, sobre todo si no las acompañáramos con las figuras correspondientes. En Mulhouse (Francia) hay una que puede lanzar el agua por varias bocas á la vez y en cantidad de tres metros cúbicos por minuto, ó sea 263 arrobas de agua, y ésta á gran distancia. Las mangas deben resistir á 10 atmósferas de presión.

IV.

El segundo medio de combatir un incendio hemos dicho que es quitar al aire inmediato una gran parte de su oxígeno para que cese la combustión por verdadera asfixia, como cesa la vida cuando se respira un aire viciado, siendo la respiración ni más ni ménos que la combustión de la sangre venosa que se convierte en arterial, lo cual origina el calor animal.

Al emplear el agua en grandes masas para apagar un incendio, se sigue parcialmente este método, pues la nube de vapor que se forma dificulta el acceso del aire. Por esto se ha aplicado también en algunos establecimientos industriales el uso del vapor para extinguir los incendios, dirigiendo el de la caldera á la sala en que ocurre el accidente, sobre todo si está cerrada.

Conocida es también la práctica de echar azufre en polvo por una chimenea cuyo hollín arde, sobre todo tapando su boca y cúspide. El azufre roba el oxígeno al aire que pueda haber dentro de la chimenea, mezclado con los humos, y lo convierte en ácido sulfuroso; el hollín, que no encuentra entonces el gas comburente, por tener éste más *afinidad*, esto es, mayor facilidad de combinación con el azufre, se apaga. Otro tanto sucede quemando pólvora.

Se ha propuesto, fundado en este principio, el lanzar un chorro de ácido carbónico, gas inerte y económico, contra los cuerpos en ignición, á fin de formar una atmósfera artificial que impida la llegada del aire. Esto, que es muy racional en principio, tiene el inconveniente de que el viento, y sobre todo la rarefacción producida por la combustión que tiende á elevar los gases y formar tiro, hacen que dicha atmósfera desaparezca pronto y sea generalmente sustituida por el aire.

El efecto es inútil en este caso. La práctica de los incendios prueba que no es fácil reducir los gases resultantes á permanecer quietos, sino que hay allí un movimiento tan violento que produce

corrientes aéreas. De aquí que este sistema sólo sea ventajoso en los casos en que se pueda confinar el aire, como, por ejemplo, en una habitación cerrada, en una chimenea y en algún otro caso singular.

V.

Un sistema, que puede decirse mixto de los dos anteriores, en que se abre á la vez por interposición y por asfixia, es el realizado por ciertos aparatos, que con el nombre de *extinguidores*, se dieron á conocer en Francia y en Inglaterra hácia 1862, aunque desde años atrás se venía hablando bastante de ellos (1).

Figúrense mis lectores una botella de agua de Seltz cuyo chorro se inyecta contra una ascua. El líquido, empujado por el ácido carbónico del interior, moja la brasa, y este gas, que sale con aquél, forma alrededor una atmósfera preservadora.

Los aparatos que dieron á conocer en dicho año los Sres. Carlier y Vignon constan de una gran caja cilíndrica de chapa de hierro, en la que se halla disuelto el bicarbonato de sosa, y de otra capacidad interior que contiene el ácido tártrico. Mientras están separados aquella sal y éste ácido nada ocurre; pero en el momento mismo en que se mezclan, desaloja el ácido tártrico al carbónico, formándose un tartrato de sosa, que queda disuelto, y se desprende el gas ácido carbónico. Éste adquiere una tensión de varias atmósferas, y abriendo un grifo que hay en la parte inferior del depósito, obliga á salir por éste el líquido con gran velocidad.

Los citados inventores agregaron también en la disolución de la sal una pequeña porción de alumbre, ó sea sulfato de alúmina. Esta sustancia reacciona con el bicarbonato de sosa produciendo sulfato de sosa, alúmina gelatinosa y algo de ácido carbónico libre. Dicha alúmina forma un excelente barniz sobre las ascuas, contribuyendo al propio efecto que el agua, mientras que el gas libre conspira á la asfixia de la combustión. En Inglaterra han perfeccionado los extinguidores los Sres. Dicks y Sinclair: éstos se cargan por el fondo.

Estos aparatos se van generalizando en el extranjero, aunque sin la pretensión de concluir con las bombas. Son ventajosos en los sitios donde escasea el agua, pues la mejor acción de su líquido hace que la calidad supla á la cantidad. Son excelentes sobre todo para atajar los fuegos incipientes. Un aparato de éstos, colocado dentro

(1) Parece que en 1853 obtuvo Phillips privilegio por aparatos de este género, pero no se trató de ellos hasta la época citada.

de una habitación, permite lanzar el chorro líquido sobre el foco de la combustión y apagarla en breve. Su fácil manejo y su coste pequeño permiten tenerlos en cualquier punto, trasportarlos en hombros, montarlos en el acto y atacar el mal en su origen. Los museos, exposiciones, bibliotecas, trenes de ferro-carriles y habitaciones debieran tener siempre listo uno ó varios de estos artefactos.

En cambio no podrán luchar con las bombas para un fuego devorador. En éste de nada serviría el medio asfixiante, y la intensidad de la llama es tal, que absorbe enormes cantidades de líquido sin que se apague. Ya lo hemos dicho anteriormente: para un fuego serio no hay sino bombas potentes. Los extinguidores apagan la superficie de los maderos; pero para enfriarlos del todo y evitar que el fuego se renueve es preciso mucho líquido, y nada más que mucho líquido, el cual sólo corresponde á bombas poderosas.

Los extinguidores son como la primera cura de un herido, que bien hecha, aunque sea con sencillez, le salva la vida; las bombas son como el recurso supremo que se hace cuando el mal ha tomado proporciones alarmantes, quizás por haberlo descuidado en los primeros momentos.

No hay en la industria humana nada que sea lo mejor ni lo peor en absoluto. Tal procedimiento, que en ciertos casos resulta ser el preferible, es el peor de todos en los demás. El ferro-carril es superior á la carretera; pero aquel no es aceptable sino cuando el tráfico basta para satisfacer su capital; de lo contrario, es preferible la carretera; quizás el camino vecinal. Ni el uso de los gases asfixiantes es recomendable en todos los incendios, ni los extinguidores son siempre mejores ó siempre peores que las bombas: todo depende de las circunstancias.

Estos aparatos deben hallarse montados dentro de las habitaciones para poder funcionar con la propia fuerza motriz ocasionada por la acción del gas producido á fuerte presión. Se ha propuesto sustituir éste por el aire comprimido. En tal caso se inyecta con una bombita el aire sobre el líquido á varias atmósferas de presión, y se deja así el aparato dispuesto de suerte que, abriendo una llave, saldrá el líquido empujado por la acción de este aire. Es lo que en los aparatos de los gabinetes de Física se llama bomba de compresión.

Este sistema es desventajoso comparado con los anteriores, puesto que si el aire está comprimido, irá saliendo por las rendijas y no se hallará en buen estado en el momento de un accidente; si por el contrario, está sin comprimir, habrá que ejecutarlo en dicho momento, lo cual exige tiem-

po, serenidad y brazos disponibles, sin ventaja alguna sobre una bomba ordinaria. Por el contrario, los extinguidores pueden estar con sus dos elementos, ácido y sal, sin mezclarse, bastando mover una llave ó clavija para que esta mezcla se ejecute en el momento preciso por una mano débil y aún inexperta, y entonces se producirá el gas á fuerte presión. De esta suerte no hay fugas, y el aparato puede conservarse en buen estado durante varios años.

Haremos constar que el médico Carlier y el general de ingenieros Vignon tomaron un privilegio de invención en Francia, en Junio de 1862, pero sus ensayos públicos más notables fueron en 1865. En Inglaterra se ocuparon algunos otros de este asunto, entre ellos el citado Dicks, y en los Estados-Unidos de América tomó Babcock un privilegio análogo en Abril de 1869, habiéndolo renovado en Julio de 1872 y formado una compañía que explota este aparato.

Para terminar este punto indicaremos que á veces las bombas, y sobre todo las de vapor, causan tantos desperfectos en un edificio como el incendio mismo; inundan las habitaciones, destruyen los tabiques y estropean todo el mobiliario. Nada de esto sucede con los extinguidores, y de aquí la conveniencia de usarlos en los fuegos pequeños, recurriendo á las bombas ordinarias en los poderosos, y reservando las de vapor para los devoradores.

VI.

Cúmplenos manifestar en este punto, que en España ha habido dos personas, por lo ménos, que han trabajado con celo en esta cuestión. Una de ellas es el Sr. Ferran, que hizo pruebas prácticas en Madrid (Abril de 1870) con un aparato que titulaba bomba química. Consistía en una caja, dentro de la que iba el líquido, cuya composición es desconocida, pero que debe ser análoga á la de los extinguidores. Un cuerpo de bomba auxiliaba la operación. Los ensayos fueron bastante favorables, pero después de dicha época no hemos vuelto á oír hablar de este industrial.

Más conocido es el Sr. Bañolas, quien, con una actividad digna de encomio, trata de propagar en España y América un aparato de su invención, análogo en principio á los extinguidores. Hemos tenido el gusto de asistir á varias de las pruebas que se han hecho con el aparato Bañolas y de observar los sucesivos perfeccionamientos que en ellos ha ido introduciendo.

El *mata-fuegos* ó *instantáneo contra incendios* como lo titula el Sr. Bañolas, es en sus últimos modelos un depósito en el que se halla la disolución de bicarbonato de sosa y de alumbre, y otro

pequeño superior é interior con respecto al primero, en el cual se coloca el ácido tártrico: basta dar vueltas á un pequeño manubrio que hay encima para que se mezclen rápidamente (y esta es una de las cosas más ingeniosas del aparato Bañolas) ambos líquidos, y se obtenga instantáneamente la presión del ácido carbónico libre que entónces se produce.

El invento del Sr. Bañolas se halla en éste y otros detalles de construcción, que hacen su aparato eminentemente práctico, manejable por un niño, rápido en su acción, y libre de toda perturbación y trastorno grave. Entre dichos detalles, citaremos además el que las paredes interiores se hallan cubiertas con un buen barniz de caoutchouc que las protege durante muchísimos años de la acción del ácido. Así mismo usa el ácido disuelto y no sólido como algunos sistemas, lo cual retarda la acción del aparato.

Debería hallarse tan utilísimo artefacto en el interior de los museos, en la portería de las casas, en el furgon de un tren, no completamente montado, esto es, con el gas á presión, pues habría fugas, ni tampoco sin los ingredientes en su interior, pues entónces se tardaría algunos minutos en ponerlo corriente. La disolución salina estará en la capacidad grande, la ácida en la pequeña: dando vueltas al manubrio, se mezclan ambas en pocos segundos, y entónces está ya montado el aparato. La presión que alcanza el gas suele llegar hasta 12 atmósferas, y abriendo la llave de la manga, sale por ésta el líquido arrastrando algo de ácido carbónico con gran fuerza. Cuando, como sucede en algunos extinguidores extranjeros, el ácido no está disuelto, la presión que se alcanza es mucho menor, lo cual quita una de las principales ventajas.

El líquido es inofensivo para los tejidos, de suerte, que no los corroe ni siquiera los decolora. La construcción de esta clase de aparatos tiene que ser esmerada, pues de lo contrario podrían estallar. Siempre que hay gases muy comprimidos, se debe cuidar con gran esmero de las vasijas que los contienen: una explosión sería muy peligrosa.

El Sr. Bañolas vende aparatos de diversos modelos que corresponden á distintos tamaños: llama semi-continuo á uno que consta de dos aparatos montados en un carro, de los cuales, se carga uno mientras obra el otro. Las sales las da en paquetes: el ácido en frascos. Bastan pocos minutos para descargar un aparato sencillo; si no se ha apagado con él el fuego, es preciso volverle á cargar de agua, echar en ésta la sal, y verter el ácido en un pequeño depósito, en todo lo cual se tarda algún tiempo. El aparato semi-

continuo pretende, por el uso de los dos sencillos acoplados, salvar esta intermitencia.

También propone el industrial español citado el *tren completo*, que consta de dos carros, uno destinado á llevar el agua, y otro con dos grandes aparatos y varios pequeños. Nuestra opinión es, que la ventaja del aparato Bañolas, lo mismo que la de todos los extinguidores, está en los modelos pequeños puestos en el interior de los edificios con objeto de apagar un fuego incipiente, gracias á su propia fuerza motriz y á la buena clase de líquido. Pero quererlos disponer en gran escala para competir con las bombas en los incendios imponentes, nos parece poco racional, pues ni en baratura ni en eficacia, podrán compararse con las bombas.

Pudiera haber algún caso singular en que no fuera así, por ejemplo, en una localidad en que escaseara el agua ó en que no hubiera brazos disponibles para mover las bombas: entónces los extinguidores vencerían á éstas. Pero en tésis general, y dentro de una población, no podrán luchar con las bombas.

Para abaratar las cargas, usa el Sr. Bañolas el más económico de los ácidos, el sulfúrico, en los aparatos grandes, aunque entónces el líquido resultante dañará á los objetos delicados que toque. Este activo industrial procura dar á conocer su sistema en España y en el extranjero; nuestra misión es animarle á que prosiga en su empresa, aunque diciendo siempre lo que de ella puede esperarse. Beneficiosa es sin duda porque trata de atajar el mal en su origen, pero limitada ventajosamente como todos los inventos industriales, á casos especiales. Dentro de ellos prestará inmensos servicios, pues no olvidemos que los incendios empiezan por poco y acaban por mucho; atacándolos en un principio, se consigue siempre un buen resultado.

VII.

Para combatir los incendios es preciso, además de los medios citados, otros auxiliares muy dignos de ser tomados en consideración. El primero de todos ellos es la buena organización de los bomberos. Créese en España, y sobre todo en Madrid, que disponiendo de unos cuantos carpinteros y albañiles—de arrojo y agilidad, que en esto no tienen superiores los madrileños,—se posee ya un excelente cuerpo de bomberos. Sin negar que estas condiciones son muy atendibles, debemos manifestar que no son suficientes.

En primer lugar es preciso que estos obreros estén perfectamente regimentados, y no estorba el que sean diestros en la gimnasia. Deben tener ejercicios frecuentes, obedecer á señales conveni-

das y maniobrar, en una palabra, con mayor precisión que los cuerpos militares. De esta suerte se evitarán confusiones y desórdenes, como los que ocurren con el aturdimiento que ocasiona el terrible accidente que se trata de combatir. En Londres se halla al frente de los bomberos un hombre que ha consagrado casi toda su vida á este servicio, el capitán Shaw, quien le ha organizado perfectamente.

En Berlin es donde se halla mejor montado este servicio: los bomberos son militares perfectamente regimentados, que no tienen más ocupación que la de apagar incendios. Este sistema tiene sobre el empleo de voluntarios y obreros la ventaja de tener un personal más disciplinado y siempre á la mano, para cualquier riesgo que ocurra. Estos bomberos se reclutan entre los licenciados del ejército; viven acuartelados y sujetos á una estrecha disciplina.

Hagamos notar de paso que hay en español una obra titulada *Tratado de la extincion de los incendios*, escrita por D. Antonio Rovira, arquitecto y jefe de bomberos de Barcelona, en cuya ciudad está impresa en 1856: en ella se dan reglas juiciosas para la organizacion de los bomberos y su buen servicio.

Los trajes de los bomberos deben ser adecuados á su instituto; un casco de carton, sólido y ligero, es preferible á las gorras que usan los operarios madrileños; un traje ceñido, cinturón con anillas, un calzado fuerte, son siempre recomendables.

Además es preciso que algunos de los bomberos sepan manejar las escafandras y vayan provistos de ellas á los incendios. Hay escafandras que se reducen á una mochila metálica llena de aire, el cual va por un tubo á la boca del portador. Con ella puede introducirse impunemente un hombre en medio de un edificio lleno de humo, examinar las partes más atacadas, llevar la manga á los puntos más convenientes, y lo que es más interesante, salvar la vida de las personas que, por temor ó por un principio de asfixia, no pueden abrirse paso al través de los humos.

En Madrid han ocurrido numerosas muertes por esta causa, ya en las personas encerradas en las habitaciones presa de las llamas, ya tambien en las que han acudido á socorrerlas. Si nuestro ayuntamiento hubiera dispuesto de media docena de escafandras, que por poco dinero hubiera adquirido, se habrían evitado estas desgracias.

Tambien convendría, aunque no es tan indispensable como lo anterior, que algunos obreros usaran trajes de amianto y calzado á propósito para poder atravesar, en un momento preciso,

por las llamas. Este y otros detalles no se aprecian como se debe en nuestro país, donde casi todo se hace á la buena de Dios, sin plan ni concierto, ó bien donde sus corporaciones municipales gastan muchos miles de reales en cosas políticas y escatiman los maravedises en gastos que, como los anteriores, tienden á salvar las vidas y haciendas de sus administrados.

Existen tambien otros medios auxiliares para el salvamento de las personas y aún de las cosas en el caso de un incendio. Uno de ellos es el empleo de escaleras de grandes dimensiones. Las usadas en Inglaterra suelen ir montadas en un carro, el cual se halla en cada plazuela de una poblacion: de noche se suele armarlas y adosarlas contra una pared, para que estén mejor dispuestas. Estas escaleras se alargan y llevan detrás un forro, desde arriba hasta abajo, de tela metálica, el cual deja un gran hueco, por el cual se puede desprender hasta una persona. Esta escalera puede adosarse á un edificio en llamas, protegida por la tela metálica y sirve sobre todo cuando la ordinaria de la casa está ardiendo.

En Madrid es frecuente ver en los incendios acudir á las escaleras de las parroquias, y ántes de que se abren las puertas de éstas y de que se lleva el aparato ocurren diversos percances, amén de que la escalera suele resultar ineficaz si las ventanas de la casa vomitan llamas. Esto, unido á las bombas antiguas y pequeñas que posee la municipalidad, hace que su servicio de incendios sea pésimo. Y si esto ocurre en la capital, júzguese cómo será el de las otras poblaciones, salvo alguna que otra, donde por excepcion se ha introducido regular material contra incendios. En muchos pueblos no hay una mala bomba y se atacan los incendios prestando los vecinos sus cacharros y brazos para llevar el agua, ni más ni ménos que como se hubiera hecho en tiempo de los Faraones para un caso análogo.

El paleontólogo Cuvier conocía un fósil al ver uno sólo de sus huesos. Otro tanto podemos decir de nuestra civilizacion: uno de sus elementos, los aparatos contra incendios, dan idea de su poderío é ingenio: en ellos se refleja toda la ciencia contemporánea.

VIII.

Pudiéramos presentar, como contraposicion con el servicio de incendios de nuestras poblaciones el de algunas otras del continente, por ejemplo, Berlin; pero nos limitaremos á indicar el que existe en la ciudad más próspera de América, en Nueva-Yorck. Para todas las cuestiones de actividad y energía, más bien que de ciencia y cálculo,

no hay modelos preferibles á los que nos suministran los activos y laboriosos norte-americanos.

Setecientos cinco hombres, repartidos en 10 batallones son los bomberos de la ciudad: cada uno tiene un comandante, bajo las órdenes del que lo es general. Cada batallón consta de un cierto número de compañías, unas con bombas, otras con escalas; cada compañía de bombas tiene un capitán, un teniente, dos jefes mecánicos y ocho bomberos; cada compañía de escalas comprende un capitán, un teniente y diez obreros. Además hay un jefe de todo el servicio de incendios que es el ingeniero Perley, y otros que forman un verdadero estado mayor, compuesto de personas competentes.

El número de bombas de vapor es 40, y otros tantos *tenders*, ó sea carruajes para trasportar las mangas, las herramientas y los bomberos; hay cuatro grandes máquinas Babcock, que deben ser parecidas á los trenes de Bañolas, y 18 escaleras. Además existen dos bombas de vapor, cuatro máquinas de Babcock y dos escaleras de la parte últimamente anexionada á la villa.

Hay en esta nueve torres destinadas á observar los puntos en que se declara un incendio, y 548 estaciones telegráficas para que el público pueda avisar el percance. Dicho aviso se hace con una señal, la cual va á la oficina central única. En ésta conocen el barrio de la procedencia, ó sea donde está la estación de que se avisó, y transmite dicha oficina las órdenes á los cinco depósitos más inmediatos, los cuales están distribuidos en diversos puntos de la población. Si las cinco bombas, que tardan poquísimos minutos en llegar, no son suficientes, se comunica á la oficina, quien llama más bombas de otros depósitos. Estas no salen sin orden expresa de la oficina central. Hay una red telegráfica especial para todo este servicio.

Los depósitos en que se hallan las bombas merecen ser descritos en su parte esencial: son muy parecidos. La bomba de vapor, perfectamente limpia y bien engrasada, tiene su caldera día y noche á presión, lo cual se consigue con el vapor que viene por un tubo desde otra caldera fija, cuyo hogar arde. No así el de la bomba que está apagado, pero cargado de modo que puede encenderse en un momento. Al lado de la bomba hay una esponja empapada en un líquido inflamable; cerca de ésta arde siempre un mechero de gas.

Un gran timbre eléctrico avisa la necesidad de salir la bomba, y entónces basta arrimar la esponja al mechero, y luego al hogar de la bomba, para que arda el combustible de éste. Como la

caldera estaba casi á la presión conveniente, ésta aumenta con el fuego del hogar, y al llegar la bomba á su sitio puede funcionar con toda fuerza y seguridad.

La corriente eléctrica que hace sonar el timbre, suelta la rienda de los caballos, que están enjaezados siempre en la cuadra. Al verse libres acuden los animales, por una costumbre que se les ha hecho adquirir, á la lanza de la bomba, de suerte que basta engancharles, lo cual se hace en un abrir y cerrar los ojos.

Segun atestiguan personas que han visto esta operación, resulta que desde la señal hecha en el timbre hasta la salida de la bomba por la puerta del depósito, se tarda durante el día de ocho á diez *segundos*, y durante la noche, en que los bomberos suelen estar dormidos, aunque siempre vestidos, de veinte á treinta *segundos*.

Al mismo tiempo se enganchan otros dos briosos caballos en el tender, en el que van los bomberos y 800 piés de manga. Aquellos recorren al trote largo las calles, y todos los carruajes tienen obligación de cederles el paso.

Recientemente ha introducido Perley una modificación, por cuyo medio puede el manguero hacer cesar instantáneamente la salida del agua, aún antes de que se pare la bomba, como conviene cuando se nota que ésta perjudica en aquellos momentos. Los aparatos Babcock se usan en los barrios en que escasea el agua.

Compárese ahora esta organización, cuyos puntos capitales hemos indicado, con la que existe en Madrid, y dígase si teníamos razón al asegurar nuestro atraso, incuria y pobreza.

Pero quizás se le ocurra á alguno que, á pesar de tales precauciones, suelen tomar los incendios de las ciudades norte-americanas—como el último de Chicago—proporciones colosales. A esto sólo contestaremos, que si hubiera en España alguna ciudad con almacenes como los que existen en estos riquísimos centros fabriles ó comerciales, se hubiera quemado cien veces, á no que sus moradores se hubieran convencido por una triste experiencia que es preferible gastar unos miles de duros en tener buenos aparatos contra incendios y un personal excelente para manejarlos, que ver arder por valor de millones de igual moneda en el instante ménos pensado.

G. VICUÑA.

PINTURAS DE RUBENS EN ESPAÑA

SEGUN LOS INVENTARIOS DE LAS CASAS REALES DE AUSTRIA Y DE BORBON.

(Conclusion.) *

16.—NINFAS Y SÁTIROS.—M. del P. Número 1.587.

Inventario de 1666.—Alcázar de Madrid. Pieza larga. Otra pintura de siete cuartas de alto y seis cuartas de ancho, de unas ninfas con un sátiro, de mano de Rubens, en doscientos ducados.

Inventario de 1686.—Alcázar de Madrid. Pieza larga de las bóvedas. Otra de siete cuartas de alto y seis de ancho, de unas ninfas con unos sátiros, de mano de Rubens.

Inventario de 1700.—Pieza larga. Una pintura de siete cuartas de alto y seis de ancho, de unas ninfas con unos sátiros, de mano de Rubens, con marco negro tallado, tasada en ciento y cincuenta doblones.

17.—JUICIO DE PÁRIS.—M. del P. Número 1.590.

Inventario de 1666.—Alcázar de Madrid. Galería del Cierzo. Otra pintura de una vara y cuarta de largo y una de alto, el juicio de París, con marco negro, de mano de Rubens, tasada en ciento cincuenta ducados de plata.

Inventario de 1686.—Galería del Cierzo. Otra de vara y cuarta de largo y vara de alto, el juicio de París, de mano de Rubens, con marco negro.

Inventario de 1686.—Pieza larga de las bóvedas. Otra pintura de tres cuartas de ancho y tres cuartas de largo; el juicio de París, de mano de Rubens.

Inventario de 1700.—Alcázar de Madrid. Galería del Cierzo. Otra pintura de vara y cuarta de largo y vara de alto; el juicio de París, de mano de Rubens, con marco negro, tasada en cien doblones.

Inventario de 1734.—Pinturas que se hallaron en las bóvedas de Palacio despues del incendio. Número 516. Una tabla de vara y tercia de ancho y vara de alto, con marco negro, del juicio de París, de Rubens.

Inventario de 1747.—Casas arzobispales, núm. 134. Otra tabla de una fábula del juicio de París, de una vara y una tercia de largo y una vara escasa de caída, original de Rubens. Se tasó en cuatrocientos reales.

Inventario de 1772.—Palacio nuevo: estudio de don Andrés de la Calleja, pintor de Cámara de S. M. Número 235. Otro del juicio de París, de cuatro varas y media de largo y dos y una tercia de caída, original de Rubens.

El boceto de este lienzo, ya queda dicho

que tambien figuró en Palacio y ha desaparecido.

18.—LAS TRES GRACIAS.—M. del P. Número 1.591.

Inventario de 1666.—Alcázar de Madrid. Bóvedas del Ticiano. Galería baja que cae sobre el jardin de los Emperadores. Otra pintura de dos y media varas de largo y dos de ancho, las tres Gracias desnudas, de mano de Paolo Rubens, en cuatrocientos ducados de plata.

Inventario de 1686.—Alcázar de Madrid. Bóvedas del Ticiano. Otra pintura de dos varas y media de largo y dos de ancho, de tres mujeres desnudas, que significan las tres Gracias, de mano de Rubens.

Inventario de 1700.—Bóvedas del Ticiano. Otra de dos varas y media de largo y dos de ancho, de tres mujeres desnudas, que significan las tres Gracias, con marcos negros, tasada en trescientos doblones.

Inventario de 1734.—Pinturas llevadas al Armería despues del incendio. Una tabla de dos varas y dos tercias de alto y dos varas poco más de largo, marco negro y bien tratada, de las tres Gracias.

Inventario de 1734.—Pinturas que se hallaron en las bóvedas de Palacio despues del incendio. Núm. 206. Una tabla de dos tercias de ancho y media vara de alto, con marco negro, de las tres Gracias ó tres ninfas desnudas, de Rubens.

Inventario de 1747.—Casas arzobispales, núm. 96. Una pintura en tabla, de las tres Gracias, de más de dos varas y media de caída y dos de ancho; original de Rubens. Se tasó en cincuenta mil reales vellon.

Inventario de 1772.—Palacio nuevo. Estudio de D. Andrés de la Calleja, pintor de Cámara de S. M. Núm. 96. Una pintura que significa las tres Gracias, de dos varas y dos tercias de alto, y dos y una cuarta de ancho, en tabla; original de Rubens.

Inventario de 1794.—Pinturas que existen en la casa de Rebeque, al cargo de D. Francisco Bayeu; número 96. Más de dos varas y media de alto y dos y cuarta de ancho. Las tres Gracias, de Rubens, tasada en veinte mil reales. (Véase el fin de este capítulo.)

19.—CALISTO.—M. del P. Núm. 1.592.

Inventario de 1666.—Alcázar de Madrid. Galería del Cierzo. Otra pintura de cuatro varas largo y dos y media de alto, la fábula de Calisto, de mano de Rubens, tasada en cuatrocientos ducados de plata.

Inventario de 1686.—Galería del Mediodía. Otra de cuatro varas de largo y dos y media de alto, la fábula de Calisto, de mano de Rubens, marco negro.

Inventario de 1700.—Galería del Cierzo. Otra de cuatro varas de largo y dos y media de alto; la fábula de Calisto, con marco negro, de mano de Rubens, tasada en cuatrocientos doblones.

Inventario de 1734.—Pinturas que se llevaron á la Armería despues del incendio de Palacio. Núm. 10.

* Véanse los números 57, 58, 59 y 40; págs. 59, 78, 108 y 155.

Otra del baño de Diana, sin bastidor ni marco, de dos y media varas alto, y cuatro varas ménos una cuarta de ancho: medianamente maltratada.

Inventario de 1747.—Casas arzobispales, núm. 110. Otra pintura de un baño de Diana, de cuatro varas ménos una cuarta de largo y dos y media de caida. Original de Rubens. Se tasó en cuarenta mil reales.

Inventario de 1772.—Palacio nuevo, estudio de D. Andrés de la Calleja, pintor de Cámara de Su Majestad. Núm. 110. Otro de los baños de Diana, de tres varas y tres cuartas de largo y dos y media de caida. Original de Rubens.

Inventario de 1794.—Pinturas que existen en la casa de Rebeque á cargo de D. Francisco Bayeu. Cuatro varas escasas de largo y dos y media de alto. Los baños de Diana, de Rubens, tasado en veinte mil reales.

20.—CERES Y PAN.—M. del P. Número 1.593.

Inventario de 1636.—Pieza grande, ántes del dormitorio de S. M. que es donde cena en el cuarto bajo de verano.

Un lienzo largo con moldura de lo mismo (dorada y negra) en que está pintada la diosa Ceres sentada. Tiene á la derecha una cornucopia de varias frutas, y á su lado izquierdo un sátiro con un ramo de frutas en la mano, y á los lados, diferentes melones, calabazas y alcachofas, y al otro lado muchas diferencias de frutas. Las figuras de este lienzo son de mano de Rubens, y las frutas de Snyders.

Inventario de 1666.—Alcázar de Madrid. Pieza pequeña que sale á la Priora. Un cuadro de una mujer con un sátiro con frutas en las manos, de mano de Rubens, de tres varas de largo y dos y media de ancho, su marco negro; tasado en doscientos cincuenta ducados de plata.

Inventario de 1686.—Alcázar de Madrid. Cuarto bajo, pieza inmediata donde S. M. cenaba. Un cuadro de una mujer con un sátiro, con frutas en las manos, de tres varas de largo y dos y media de ancho, de mano de Rubens.

Inventario de 1700.—Pieza donde S. M. cenaba. Un cuadro de una mujer con un sátiro, con frutas en las manos, de tres varas de largo y dos y media de ancho. Tasada en cien doblones.

Inventario de 1734.—Pinturas que se llevaron á la Armería despues del incendio; núm. 37.

Otra de dos varas y media de alto y dos de ancho, con marco dorado, bien tradado, de la Diosa Ceres, con diferentes figuras, de Rubens.

Inventario de 1748.—Buen Retiro, núm. 37. Otro lienzo de dos y media de alto y dos de ancho, de la Diosa Ceres, con diferentes figuras. Original de Rubens. En quince mil reales vellon.

Inventario de 1772.—Palacio nuevo. Antecámara

de la señora Infanta, núm. 37. Un cuadro que contiene á Ceres con diferentes ninfas, que la una tiene una cornucopia de frutas, de dos varas y media de alto y dos de ancho; original de Rubens.

21.—MERCURIO Y ARGOS.—M. del Prado. Núm. 1.594.

Inventario de 1700.—Torre de la Parada. Pieza segunda. Idem otra pintura de cuatro varas, de Mercurio cortando la cabeza á Argos, original de Rubens, tasada en quinientos doblones.

Inventario de 1772.—Palacio nuevo. Cuarto del Infante D. Xavier. Números 994 y 995. Dos, iguales fábulas; el uno del robo de centauros á unas mujeres y otras que las defienden, en que hay una mesa redonda con sus comestibles, y el otro de Argos cuando Mercurio le corta la cabeza, de tres varas y media de largo y más de dos de caida, originales de la escuela flamenca.

22.—LA DIOSA FLORA.—M. del P. Número 1.596.

Inventario de 1666.—Alcázar de Madrid. Pieza donde S. M. tenía el despacho. Una pintura de dos varas de alto y tres cuartas de ancho, de mano de Rubens, que es una ninfa con flores en las manos, tasada en cincuenta ducados

Inventario de 1686.—Pieza del despacho de verano, en cuyo techo está pintado Apolo. Otra pintura de dos varas de alto y tres cuartas de ancho, de una ninfa con flores en la mano, original de Rubens.

Inventario de 1700.—Despacho de verano. Una pintura de dos varas de alto y tres cuartas de ancho de una ninfa con flores en la mano, con marco dorado, tasada en cien doblones.

23.—MERCURIO.—M. del P. Núm. 1.598.

24.—SATURNO.—M. del P. Núm. 1.599.

25.—GANIMEDES.—M. del P. Núm. 1.600.

Juntas hay que registrar estas pinturas, que parecen contemporáneas del Heráclito y el Demócrito que pintó Rubens en su primer viaje á España. Las noticias que de ellas hay son estas:

Inventario de 1686.—Alcázar de Madrid. Pieza ochavada. Otras dos pinturas de dos varas de largo y media de ancho, la una de Mercurio y otra de Saturno, de mano de Rubens.

Inventario de 1700.—Torre de la Parada. Otras dos pinturas iguales de mano de Rubens, la una de Mercurio y la otra de Saturno, tasadas ambas en ciento cincuenta doblones.

Inventario. 1772.—Palacio nuevo. Antecámara de la Princesa. Números 1.004 y 1.007 de la Torre de la Parada. Dos iguales, el uno de Saturno comiéndose un niño, y el otro de Júpiter convertido en águila robando á Ganimedes, de dos varas y una cuarta de caida y vara de ancho, escuela flamenca.

Inventario de 1794.—Palacio de Madrid. Antecámara. Números 1.003, 1.004, 1.006 y 1.007. Cuatro cuadros, el 1.003 y 1.006 de dos varas y cuarta de alto y tres cuartas de ancho. El uno de Mercurio y el otro de Marsias, y el 1.004 y 1.007 de dos varas y cuarta de alto y vara de ancho, el primero, Saturno devorando un niño, y el segundo Ganimedes, de Rubens, tasados á cinco mil reales cada uno.

26.—HERÁCLITO.—M. del P. Núm. 1.601.

27.—DEMÓCRITO.—M. del P. Núm. 1.602.

Ambos cuadros declara Iberti en sus cartas de 1602 (pág. 81) cómo y cuándo los pintó Rubens. Fueron á parar á la Torre de la Parada, donde por primera vez se ven inventariados.

Inventario de 1700.—Torre de la Parada. Item, dos pinturas iguales, angostas, la una de Heráclito y la otra de Demócrito, de mano de Rubens, tasadas en ciento cincuenta doblones.

En 28 de Julio de 1714 y de orden del señor Conde de Montemar, se sacaron de la Torre de la Parada para el Real sitio del Pardo, y se entregaron al señor marqués de Balus.

28.—RETRATO DEL ARCHIDUQUE ALBERTO.—M. del P. Núm. 1.604.

29.—RETRATO DE LA INFANTA DOÑA ISABEL CLARA EUGENIA, SU MUJER.—M. del P. Núm. 1.604.

Inventario de 1636.—Galería que mira al Mediodía sobre el jardín de los Emperadores.

Dos lienzos al óleo, de 7 piés de largo poco más ó ménos; en el uno el retrato del señor archiduque Alberto, de medio cuerpo arriba vestido de negro, la mano izquierda sobre los guantes y en léjos una casa de campo.

El otro de la señora Infanta doña Isabel, su mujer, del mismo tamaño, vestida de negro, asentada en una silla, abriendo un abanico con ambas manos, y en léjos otra casa de campo. Son de mano de Rubens.

Inventario de 1666.—Alcázar de Madrid. Las dos piezas pequeñas que bajan á la Priora. Un retrato del Archiduque, sentado en una silla, de mano de Rubens, de dos varas de largo y una y media de alto, en ciento cincuenta doblones.

Otro del mismo tamaño de la señora Infanta, su mujer, y de la misma mano, en ciento cincuenta ducados.

Inventario de 1686.—Piezas pequeñas de las bóvedas que salen á la Priora. Un retrato del señor Archiduque Alberto, sentado en una silla, de dos varas y media de largo y una vara y media de alto, de mano de Rubens.

Otro retrato del mismo tamaño de la Infanta, su mujer, y de la misma mano.

Inventario de 1700.—Piezas pequeñas de las bóvedas que salen á la Priora. Un retrato del señor Archiduque Alberto, sentado en una silla, de dos varas de largo y vara y media de alto; no se tasa por ser de persona real.

Otro retrato del mismo tamaño de la señora Infanta, su mujer.

Inventario 1748.—Casas arzobispales. Una pintura retrato de un hombre sentado en una silla, con dos guantes en la mano, y un país donde se descubre una casa de campo, original flamenco, escuela de Rubens.

Todos estos retratos de la familia de Austria llegaron á desconocerse en los primeros reinados de la siguiente dinastía.

30.—RETRATO DE LA REINA DE FRANCIA.—M. del P. Núm. 1.606.

Inventario de 1686.—Alcázar de Madrid. Galería del Cierzo. Otra pintura de vara y media de alto, de retrato de la Reina madre de Francia, doña Ana, de mano de Rubens.

El Catálogo del Museo, dice ser retrato de María de Médicis.

Inventario de 1700.—Galería del Cierzo. Otro de vara y media de alto del retrato de la Reina madre de Francia doña Ana, de mano de Rubens. No se tasó por ser de persona real.

Inventario de 1772.—Palacio nuevo. Antecámara del señor Infante D. Luis. Números 93 y 125. Dos iguales, de dos señoras, al parecer viudas. La primera, reina de Francia, con manguito en la mano; de vara y media de alto y una cuarta de ancho, originales de Rubens.

Inventario de 1794.—Palacio nuevo. Pieza librería, la de Apolo. Números 93 y 125. Vara y media de alto y vara y cuarta de ancho. Dos retratos de señoras principales, de Rubens, á cuatro mil reales cada uno.

Inventario de 1748.—Casas arzobispales. Núm. 93. Un retrato de una señora Reina de Francia, de vara y media de alto y vara y cuarto de ancho, original de Rubens. Se tasó en cinco mil reales.

31.—RETRATO ECUESTRE DE FELIPE II.—M. del P. Núm. 1.607.

Dice Pachecho en el lib. I, cap. VIII de su *Arte de la Pintura*, que Rubens copió el retrato de Felipe II entero y armado, que no puede ser otro más que éste, el cual se halla en los inventarios registrado así:

Inventario de 1686.—Alcázar de Madrid. Cámara del Rey nuestro Señor. Un retrato del Rey nuestro señor Don Felipe II, de tres varas de alto y dos y media de ancho, de mano de Rubens, marco dorado.

Inventario de 1734.—Pinturas que se hallaron en las bóvedas de Palacio despues del incendio. Núm. 187.

Un cuadro con vastidor y sin marco de tres varas y tercia de alto y dos varas y dos tercias de ancho; un retrato del Sr. Felipe II á caballo, de Rubens.

Mal trecho debió quedar este retrato del incendio del alcázar viejo, pues no pudo librarse de él más que dejando el marco para pasto de las llamas.

Inventario de 1747.—Casas arzobispaes. Núm. 187. Retrato del Sr. Felipe III (sic) á caballo con la Fama poniéndole una corona de laurel, de cuatro varas de caída y tres de ancho, original de Rubens, se tasó en treinta mil reales.

Inventario de 1772.—Palacio nuevo. Paso de tribuna y trascuartos. Otro retrato del Rey Felipe III (sic), de Rubens. Núm. 187.

32.—RETRATO DEL INFANTE DON FERNANDO DE AUSTRIA.—Museo del Prado. Núm. 1.608.

Inventario de 1666.—Alcázar de Madrid. Pieza pequeña que sale á la Priora. Otra pintura del Infante Don Fernando, á caballo, de cuatro varas de alto y dos y media de ancho, de mano de Rubens; con marco negro, en trescientos ducados de plata.

Inventario de 1686.—Alcázar de Madrid. Cuarto bajo, pieza inmediata á donde S. M. cenaba. Una pintura de un retrato del señor Infante Cardenal don Fernando, á caballo, de cuatro varas de alto y dos y media de ancho, de mano de Rubens.

Inventario de 1700.—Pieza donde S. M. cenaba. Una pintura de un retrato del señor Infante Cardenal don Fernando, á caballo, de cuatro varas de alto y dos y media de ancho. No se tasó por ser persona real.

Inventario de 1734.—Pinturas que se hallaron en las bóvedas de Palacio despues del incendio. Núm. 629. Un lienzo sin bastidor de tres varas y tres cuartas de alto y tres varas de ancho, retrato á caballo del Infante Cardenal, de Rubens.

Inventario de 1747.—Casas arzobispaes. Núm. 101. Una pintura del Infante D. Fernando Cardenal, gobernador de Flandes, á caballo, con una Fama en el aire con los rayos de Júpiter y una batalla á los piés, de cuatro varas de largo y tres de ancho. Se tasó en cuarenta mil reales vellon.

Inventario de 1772.—Palacio nuevo. Paso de tribuna y trascuarto. Núm. 101. Un retrato á caballo de D. Fernando de Austria, de cuatro varas de caída y tres escasas de ancho, original de Rubens.

Inventario de 1794.—Palacio de Madrid. Pieza de comer. Núm. 101. Lienzo de cuatro varas de alto y tres de ancho. Un retrato á caballo del infante Don Fernando, tasado en cuarenta mil reales.

La inscripcion que lleva este lienzo ex-

plica cuanto puede desearse saber sobre este retrato.

33.—RETRATO DE TOMÁS MORO.—Museo del Prado.—Núm 1.609.

El único rastro que de este retrato puede hallarse en los viejos inventarios, no es muy claro para determinar que en efecto sea el aludido el famoso gran canciller de Inglaterra.

Inventario de 1666.—Alcázar de Madrid. Escalera del zaguanete por donde baja el rey á tomar el coche. Otra pintura de una y media vara de alto y una y cuarto de ancho, un retrato de mano de Rubens, en cien ducados de plata.

Como este retrato se tasó, es indudable que no era de persona real, los cuales no se tasaban por ser tales.

Inventario de 1686.—Alcázar de Madrid. Escalera del zaguanete que baja de junto á la pieza ochavada á las bóvedas del Ticiano. Otra de vara y media de alto y vara y cuarta de ancho, un retrato de un viejo, de mano de Rubens.

Inventario de 1700.—Escalera del zaguanete. Otra pintura de vara y media de alto y vara y cuarta de ancho; un retrato de un viejo, con marco negro, de mano de Rubens, tasado en cien doblones.

34.—RETRATO DE UNA PRINCESA DE FRANCIA.—M. del P.—Núm. 1.610.

Casi siempre van juntos este retrato y el de la reina madre de Francia en los inventarios, señalados cada uno con un número distinto, pues tiene el uno el 93 y el otro el 125. Además de lo que en el primero de estos retratos queda copiado relativo á éste, hay que añadir aquí lo que sigue:

Inventario de 1686.—Galería del Cierzo. Otro del mismo tamaño y traje (que el de la reina) de una señora que parece persona real, de mano de Rubens.

Inventario de 1700.—Galería del Cierzo. Otra pintura del mismo tamaño (alude al de la reina) de otro retrato con el mismo traje de una señora que parece persona real, de mano de Rubens. No se tasó.

Inventario de 1734.—Pinturas que se hallaron en las bóvedas de Palacio despues del incendio. Dos lienzos iguales con bastidor y sin marco, de dos retratos, medios cuerpos de dos mujeres de una y media vara de alto y vara y cuarta de ancho, de Rubens.

Inventario de 1748.—Casas arzobispaes. Núm. 125. Un retrato de una mujer, de medio cuerpo, de unas dos varas de caída y una y media de ancho, de mano de Rubens. Se tasó en dos mil reales vellon.

35.—JARDIN DE AMOR.—M. del P.—Número 1.611.

Un *Sarao*, se llamó siempre este cuadro durante los reinados de Felipe IV y Carlos II, en los cuales fué grandemente apreciado; y en verdad que el cuadro lo merece y muy mucho. Al Alcázar de Madrid llegó en vida de Felipe IV y le mandó colocar en su misma alcoba, donde permaneció no solamente hasta su muerte, sino también hasta la de su hijo Carlos II. El cuadro no es de lo más á propósito para colocado delante de un lecho, por grande que sea el fervor religioso del acostado, pues que por poco que en él se fije la vista, no se han de hallar en la ardiente expresion de las figuras de este precioso lienzo, motivos grandes que induzcan al recogimiento y maten las debilidades de la carne.

Segun enseña el inventario de 1666, había colocados en la pieza del Alcázar de Madrid, donde murió Felipe IV, diez y seis cuadros de autores muy bien escogidos. Dos Sacras familias de Rafael, pequeñas, otra de Andrea del Sarto, otra de Leonardo de Vinci, otra de Palma, un San Juan Bautista y Evangelista de Rivera, y un San Francisco; únicos cuadros de devocion que habían de competir con los otros ocho profanos. Era de éstos, el primero que se hallaba entrando en la estancia á la mano derecha, éste del *Sarao*, al cual seguia el de la *Grandeza de la casa de Austria*, que ya se encontraba allí desde ántes del año de 1636, y que verdaderamente estaba en su sitio para recordar al rey, al cerrar los ojos para dormir y al abrirlos para despertar, la piedad grande de sus progenitores. Tras estos cuadros seguía uno de Platon, de mano de Rivera, y, al lado, otro del mismo autor que figuraba Apolo y Marsias, en cuyos cuadros podía S. M. recordar lo necesario de la sabiduría y lo que precisa la vigilancia á los mortales y más principalmente á los monarcas. Lo que enseñara á D. Felipe IV, el rey galanteador y caballero, el cuadro del *Sarao*, ya se lo sabía y muy bien lo había

aprendido S. M. sin necesidad de inspirarse en este lienzo. Es, pues, muy de presumir que esta pintura agradara grandemente á Felipe IV, y que fuese uno de sus lienzos favoritos, quizá el que más le gustara de los muchos que de Rubens tenía en sus palacios, cuando para su dormitorio se eligió, y en él estuvo colgado tanto tiempo: y si esto fué así, prueba dió con ello S. M. de muy buen gusto.

Inventario de 1666.—Alcázar de Madrid. Pieza donde murió S. M. que esté en gloria, que es la correspondiente y en ella se halló:

Un *Sarao*, de Rubens, de tres varas de largo y dos de ancho, en marco de talla dorado, tasado en ochocientos ducados de plata.

Inventario de 1686.—Alcázar de Madrid. Pieza donde S. M. dormia. Un *Sarao* de tres varas de largo y dos de ancho, con marco de talla dorado, de mano de Rubens.

Inventario de 1700.—Pieza donde S. M. dormia. Un *Sarao* de tres varas de largo y dos de ancho, con marco tallado y dorado, tasado en quinientos doblones.

Inventario de 1734.—Pinturas que se llevaron á la casa donde vivió el marqués de Bedmar. Núm. 810. Otra de tres varas y tercia de ancho y dos varas y tercia de alto, con marco tallado y dorado, bien tratada, el Símbolo del Amor de la familia de Rubens, y original suyo.

Inventario de 1748.—Buen Retiro. Núm. 810. Otro de tres varas y tercia de ancho y dos varas y tercia de alto del Símbolo del Amor de la familia de Rubens, y original suyo. En treinta mil reales vellon.

Inventario de 1772.—Palacio nuevo. Paso de tribuna y trascuarto. Núm. 810. Otro de la familia de Rubens, que significa el Símbolo del Amor, de tres varas y cuarta de largo y una de caída, original de Rubens.

Inventario de 1794.—Palacio de Madrid. Cuarto de la reina. Tocador. Núm. 810. Tres varas y tercia de largo por dos y tercia de alto. Un festejo de campo con la familia de Rubens. En veintiocho mil reales vellon.

Juan Bautista del Mazo, pintor que mejor que ningun otro podía apreciar las obras de Rubens, tasó este cuadro á la muerte de Felipe IV en ochocientos ducados, que hacian unos ocho mil ochocientos reales. A la muerte de Carlos II lo aprecian en quinientos doblones, ó sean unos treinta mil reales vellon, de modo que en treinta y cuatro años casi cuadruplan su valor. Pero no si-

que esta progresion la estimacion del *Sarao*, puesto que cuarenta y ocho años despues, en 1748, continúa estimándose en la misma suma; y lo que es más peregrino aún y no muy esplicable por cierto, es que cuarenta y seis años despues, en 1794, hubiera desmerecido este lienzo á juicio de Bayeu, de Gomez y del mismo Goya, en dos mil reales del valor que tenía un siglo ántes, puesto que lo tasan en veintiocho mil reales vellon, sin que en el cuadro hubiera señal alguna de deterioro. Si hoy el cuadro lo tasaran los compradores, quizá se convirtieran en duros los reales en que Goya apreció este lienzo, que no estimó en tanto como por entónces estimaba los cuadros que él mismo pintaba.

36.—UN BAILE DE VILLANOS.— Museo del Prado. Núm. 1.612.

Inventario de 1666.—Alcázar de Madrid. Pieza larga. En la segunda pieza de las bóvedas donde S. M. comía, de verano, se halló lo siguiente: otra pintura en tabla de vara y cuarta de largo y tres cuartas de alto, un baile de villanos flamencos, de mano de Rubens, tasada en ciento cincuenta ducados de plata.

Inventario de 1786.—Pieza larga de las bóvedas. Una pintura en tabla, de vara y cuarta de largo y tres cuartas de alto, que es un baile de villanos flamencos, de mano de Rubens.

Inventario de 1600.—Pieza larga de las bóvedas. Una pintura en tabla, de vara y cuarta de largo y tres cuartas de alto, que es un baile de villanos flamencos, con marco negro, tasado en doscientos cincuenta doblones.

Inventario de 1734.—Pinturas que se hallaron en las bóvedas de Palacio despues del incendio. Número 430. Una tabla de vara y tercia de largo y una vara de alto, con marco negro, de una bambochada ó contradanza, de Rubens.

Inventario de 1748.—Buen Retiro. Núm. 430. Una tabla de vara y tercia de largo y vara de ancho, de una bambochada ó contradanza, de Rubens, en seis mil reales vellon.

Inventario de 1772.—Palacio Nuevo. Cuarto del Infante Don Javier. Núm. 430. Otra, que expresa un baile de flamencos y flamencas, en tabla, de vara á cuarta de largo y una de caida, original de Rubens.

37.—ADAN Y EVA.—M. del P. Núm. 1.613.

Todas las cosas de Ticiano que tenía el Rey, copió Rubens en Madrid, segun dice Pacheco, y hace particular mencion entre aquellos lienzos de Ticiano de los Baños de Diana, la Europa, el Adónis y Vénus, la

Vénus y Cupido, y éste de Adan y Eva; copia que fué llevada al Pardo, donde aparece inventariada en vida de Felipe IV en la

Sala donde se abre á S. M.—Otro lienzo de Adan y Eva, copia del Ticiano, con marco negro. Parece ser copia sacada por Rubens.

Inventario de 1772.—Antecámara de S. M. Núm. 51. Otro igual (á un original de Rubens, el Adan y Eva de Ticiano, á cuyo lado estaba colocado) al antecedente, copia del mismo, de mano de Rubens. Este cuadro se trajo del Pardo.

Inventario de 1794.—Palacio de Madrid. Antecámara. Núm. 10. Otro cuadro de tres varas de alto y cuarta de ancho, Adan y Eva en el Paraíso; copiado por Rubens. Tasado en ocho mil reales vellon.

38.—EL RAPTO DE EUROPA.—M. del Prado. Núm. 1.614.

Si és realmente de Rubens este lienzo, será el que Pacheco nos dice que copió de Ticiano. No hay de él rastro auténtico.

39.—CABEZA DE VIEJO.—M. del P. Número 1.615.

Inventario de 1734.—Pinturas que se llevaron á casa del marqués de Bedmar, despues del incendio. Dos lienzos forrados en tabla, de dos tercias de alto y media vara de ancho, con marcos negros, dos cabezas de ancianos, la una original de Rubens y la otra de Van Dyck.

40, 41, 42, 43, 44, 45 y 46.—TRIUNFOS DE LA FE.—M. del P. Números 1.616 á 1.622.

De estas tablas, dice el Catálogo del Museo del Prado, muy puesto en razon, que hay motivos para dudar de su autenticidad, y así es indudablemente para los ojos del inteligente. Todas ellas constan en el inventario de 1700, en varios grupos, dos de ellos de tres y otro de una tabla. De estos asuntos hizo Rubens grandes lienzos para la iglesia del convento de Loeches, que allí fundó el Conde-Duque de Olivares, llegando algunos de estos á ser copiados en tapiz en Bruselas, como se ven aún en las colecciones que se guardan en Palacio.

Inventario de 1700.—Casa de Campo. Pieza que corresponde á la alcoba de S. M. Tres tablas del triunfo de la Iglesia, compañeras de las que van inventariadas, de mano de Rubens, tasadas en mil doscientos doblones.

Inventario de 1700.—Real Casa de Campo. Galería

del jardín. Tres pinturas de tabla de vara en cuadro cada una, sin marco, originales de Rubens, del Triunfo de la fe, tasadas en cuatrocientos doblones cada una. Trasladas al Retiro. Núm. 96. Pieza oscura que da á la escalera. Otras dos pinturas en tablas, compañeras de las antecedentes, de mano de Rubens, del mismo tamaño, tasadas en cuatrocientos doblones cada una. Están en el Retiro, al núm. 96.

Inventario de 1734.—Pinturas que se llevaron á la casa donde vivió el Marqués de Bedmar. Núm. 1.097. Tres tablas iguales, sin marco, de algo más de vara en cuadro, la una la Fe, la otra el Tiempo y la Verdad, y la otra de los cuatro Evangelistas, todas originales de Rubens.

Inventario de 1748.—Buen Retiro. Núm. 1.097. Tres tablas iguales de algo más de vara en cuadro, la una de la Fe, la otra el Tiempo y la Verdad, y la otra de los cuatro Evangelistas, todas originales de Rubens. Son iguales á las cinco que vinieron de la Casa real del Campo, donde consta su tasación á cuatrocientos doblones cada una, y á este respecto importan las tres setenta y dos mil reales vellón.

Inventario de 1772.—Palacio nuevo, paso de tribuna y traspuestos. Núm. 966. Seis iguales de los diseños de Rubens sobre tablas, del triunfo del Sacramento, hecho para la tapicería, de más de vara de largo y vara de caída.

Inventario de 1794.—Palacio de Madrid. Cuarto del Príncipe. Oratorio. Núm. 966. Triunfos del Sacramento, diseños que hizo Rubens para una tapicería. Otros dos de este juego están en el dormitorio de S. A., á cuatro mil reales uno.

47.—LOS EVANGELISTAS.—M. del P. Número 1.623.

Inventario de 1794.—Buen Retiro. Núm. 56. Una tabla con los Evangelistas, de Rubens, de una vara de ancho y tres cuartas de alto, con marco dorado, en mil doscientos reales.

No hay otra noticia de esta tabla, que la que proporciona el inventario de 1794.

48. á 59.—LOS APÓSTOLES.—M. del Prado. Números 1.567 á 1.578.

Proceden, como se dice en el Catálogo del Museo, de la colección de doña Isabel Farnesio.

60 á 64.—LOS CINCO SENTIDOS. M. del Prado. Números 1.228 á 1.232.

Inventario de 1636.—Pieza donde S. M., que Dios guarde, lee en el cuarto bajo, con vista al jardín de la Priora.

Cinco pinturas en tabla, con molduras de ébano y perfiles de oro pintados, en que están los cinco sentidos, de mano de Rubens, las figuras y los países, frutas, flores, cosas de caza, instrumentos músicos y

bélicos son de mano de Brujel (Brueghel). Son los que dió al señor Infante Cardenal el duque de Namurque (Namburg), éste al duque de Medina de las Torres, y el duque á S. M.

Inventario de 1666.—Alcázar de Madrid. El retirado. Cinco tablas de los cinco sentidos, de Brugul, de tres cuartas de ancho y vara y cuarta de largo, con sus marcos negros con perfiles de oro, apreciadas á cinco mil quinientos reales, veintisiete mil quinientos.

Juan Bautista del Mazo, que tanto copió á Rubens y que hizo este inventario, nada dice de que sea de mano de aquel pintor las figuras de estos cuadros, por lo cual hay que atenerse al catálogo del Museo.

Trajo Rubens, dice Pacheco, á la *Majestad de vuestro católico Rey D. Felipe IV ocho cuadros de diferentes cosas y tamaños, que están colocados en el salon nuevo entre otras pinturas famosas*; estas pinturas, examinando el inventario del dicho salon, resulta que fueron: *Jacob y Esau, Mucio Scevola, Ulises y Aquiles, Sanson desquijarando al leon, David luchando con el oso, Saturno, Céres, Sanson y los Filisteos*. En el mismo inventario de 1636 se registran veinticinco pinturas, traídas de Flandes, que son las siguientes:

Pieza grande ántes del dormitorio de S. M., que es donde cena, en el cuarto bajo de verano.

Diana cazadora, de Rubens; un bodegon, de Snyders; un bodegon, de idem; Céres y Pan, de Rubens y Snyders; dos lienzos de los cinco sentidos, de Rubens y Snyders; una boda flamenca; otra boda flamenca; una casa flamenca con la corte de la señora Infanta; el marqués de Bruselas; una casa flamenca con la señora Infanta y el Archiduque; una *ferme* flamenca; una batalla naval cerca de la costa; un país con soldados; la vida del hombre; el testamento y el entierro; país con soldados; el cerco de una plaza de Flandes; una mujer con una hoz, de Rubens y Snyders.

Estas veinticinco pinturas dichas en esta pieza son las que trajeron de Flandes á la Reina nuestra Señora, y estaban colocadas en la torre nueva de su cuarto alto, y S. M. el Rey nuestro Señor las mandó poner aquí.

Aún no acabado este estudio, he visto en el número del mes de Noviembre de este año de 1874, página 401, de la *Gazette des beaux-arts*, el artículo sobre el *Musee national de Stockholm* por el conde L. Clement de Ris, en el cual dice, que de los quince lienzos de Rubens son los más importantes que hay en aquel Museo los si-

guientes: *Samson terrasant le lion.*—*Suzanne surprise par les deux juges d'Israel, petite esquisse.*—*Les quatre Pères de l'Eglise.*—*Suzanne surprise par les vieillards.*—*Les trois grâces soutenant une corbeille de fleurs; tiers de nature, nues, en pied.* *Il y en a, si j'ai bonne memoire, une repetition au Musée de Madrid.*—*L'offrande á la fécondité.*—*L'Ariane abandonné.*

Estos dos últimos lienzos son los números 32 y 33 de la lista de los cuadros perdidos que quedan registrados, señalados en el inventario de Carlos IV. con los números 935 y 944, que ahora aparecen en el Museo de Stockholmo. Cómo y cuándo los pintó Rubens, Pacheco lo dice en su *Arte de la pintura*, tomo I, lib VIII, página 132, de mi edicion. Lo que no se sabe es cómo y cuándo han pasado á ser estas copias propiedad de aquel Museo.

Las *tres gracias* que recuerda el conte L. Clement de Ris, están en el museo de Madrid y tienen el núm. 1.594, y su historia en la pág. 358 de este libro, y es el cuadro de que es boceto el de Stockholmo.

Pág. 101. Segun D. Lázaro Diaz del Valle en su manuscrito inédito, fué «Balasar Gerbiers, pintor insigne que nació en Amberes año de 1592, y fué pintor del duque de Buquinghan y despues del rey de Inglaterra Carlos Stuardo, primero que le armó caballero de espuela dorada, y despues le hizo su agente en Bruselas, año de 1630, y en Lóndres maestro de las ceremonias.»

Tales son las obras que Rubens para España hizo de que hay noticia y que aún se conservan. Júzguese en vista de tanto y tan precioso lienzo, de la mano del príncipe de los coloristas flamencos, si debe estar orgullosa nuestra patria, y si no teníamos los españoles aficionados á las artes el deber de manifestar de algun modo, siquiera sea tan insignificante como éste, nuestra veneracion por la gloria de aquel artista.

G. CRUZADA VILLAAMIL.

HISTORIA DE LA CIENCIA.

La costumbre de nuestra Academia (la de Ciencias de Berlin) de consagrar determinados dias de cada año á un recuerdo de reconocimiento y al elogio de Leibnitz, su fundador intelectual, y al de su regio organizador el gran Federico, no se apoya en ningun precepto reglamentario, y podría ocasionar la observacion de aquel espartano que, asistiendo al panegirico de Hércules, preguntaba: ¿Quién le ha censurado? Pero al tributar á sus fundadores elogios casi divinos (porque el elogio de la Divinidad es el único iragotable para el hombre, y donde no puede temer las repeticiones), nuestra Academia se honra y se glorifica á sí misma. Con verdadero orgullo, no sin mezcla de humildad, estimamos refrescar anualmente nuestro entendimiento en ese océano de ideas, que se llama Leibnitz, paseando por sus riberas y recordando que de Leibnitz á nosotros se extiende una cadena de relaciones que, si en determinados momentos ha podido aflojarse, jamás se ha roto. Cuanto más extiende y multiplica sus ramas el árbol de la ciencia en el luminoso dominio de la verdad, mayores homenajes de respeto tributamos al pié de ese tronco sagrado, recordando la época en que numerosas ramas, cubiertas hoy de hojas, eran débiles retoños.

No creo que haya consideracion más digna para inaugurar estas solemnes reuniones. En general, nuestro siglo es poco aficionado á este exámen retrospectivo. En medio del apresuramiento febril en que vivimos; en medio de la lucha entre trabajadores, cuyo número acrece sin cesar; en medio de esa impaciencia en producir que caracteriza nuestra época; ante la ceguedad de un amor propio que busca efimeros aplausos, desesperando obtener éxitos duraderos, que sólo se alcanzan con largos y pacientes trabajos: ¿cuándo ha de encontrar la nueva generacion de investigadores tiempo bastante para estudiar concienzudamente los esfuerzos de las generaciones pasadas? El camino que han recorrido los antepasados en el desierto ántes de que apareciese á su vista la fecunda y segura tierra que habitamos, sus errores, sus penas, sus combates, se olvidan más cada dia. Apénas algunos nombres envueltos en mitos fabulosos, como en una especie de niebla, dicen vagamente á la multitud los trabajos de otras épocas.

Pues bien; el conocimiento de lo pasado es precisamente lo que distingue la enseñanza digna de este nombre de los estudios superficiales y vulgares. Es desde hace tiempo una verdad trivial la de que no se conoce realmente, sino aquello que se ha visto en su espíritu, en su desarrollo, en su porvenir.

Resulta, pues, al parecer, que la mejor manera de comunicar, de enseñar una ciencia, es referir su historia. Hay, en efecto, una parte de verdad en esta con-

clusion, aunque deba restringirse la aplicacion. En las ciencias históricas y de descripción, sobre todo en las ciencias naturales, en las cuales la observación domina, el desarrollo normal intrínseco, por decirlo así, lo perturba frecuentemente la influencia de circunstancias exteriores. La estructura de las ciencias matemáticas forma en cada grado una reunión de partes tan estrechamente unidas, que es difícil seguir los rastros de su desarrollo. El método histórico no conviene á estas ciencias más que á las naturales.

Pero en las ramas teóricas de las ciencias naturales; en las ramas que descansan en la inducción, como, por ejemplo, la fisiología, este método puede ser de grande y singular utilidad.

Creo que la verdadera manera de enseñar la fisiología, sea en un manual ó en un anfiteatro, es la exposición inductiva y no la exposición dogmática que tan frecuentemente veo empleada en los libros.

Llamo dogmática esa manera de presentar la ciencia frase por frase, fórmula por fórmula, como un todo acabado, como un sistema de hechos susceptible de multitud de divisiones y de subdivisiones; esa manera de enseñar que empieza por presentar el resultado de la ciencia bajo fórmula de axioma; que hace seguir esta fórmula, como de pruebas de apoyo, de hechos que ella no sintetiza; ese procedimiento que petrifica la ciencia en vez de presentarla, creciendo y dilatándose como organismo lleno de vida.

Concibo que recurran á este método el candidato á un exámen para simplificar su empresa, y el práctico para llenar las lagunas; pero precisamente por esto, jamás tendrá grandes aficionados. Al que estudia no le basta la presentación de los conocimientos adquiridos, que, viéndolos sin relación ni encadenamiento, pudieran muy bien continuar siendo para él letra muerta. Sin saber la pregunta ¿para qué le serviría la respuesta? Ignorando lo que se trata de averiguar, ¿cómo puede interesarle un descubrimiento? El verdadero método consiste en despertar en el discípulo el instinto de causalidad y mostrarle, bajo forma de hipótesis, la posibilidad de descubrir en ella la causa eficiente; en hacer sufrir á estas hipótesis-especulativas la prueba de la observación y de la experiencia, y en escoger entre ellas una crítica experimental seria. Bien establecido este nuevo punto de partida, se dará un paso adelante, y así, guiado por la experiencia, se conducirá al discípulo de grado en grado hasta la teoría que, á su vez, será confirmada también por pruebas y contrapruebas. Si la investigación no conduce hasta ella, lo que sucede con frecuencia en fisiología, el maestro deja al discípulo; para mayor provecho de éste, en el punto hasta donde es posible por el momento llegar, y donde el espíritu científico exige que se detenga hasta nueva orden.

El método que recomiendo da á la ciencia grandísimo interés. Hay entre él y la exposición dogmática

la misma diferencia que entre una epopeya y un poema didáctico, y gracias á este encanto, produce, hasta en los medianos entendimientos, irresistibles efectos. El espíritu humano aparece en él como comprometido en una lucha victoriosa contra la naturaleza que se niega obstinadamente á entregar sus secretos, y que con frecuencia prepara al hombre peligrosos lazos: parece á Menelao forzando al Proteo egipcio á revelar sus misterios. Como desde el punto de partida el maestro tiene conciencia, siguiendo éste método, del objeto que se propone el discípulo, no duda nunca del sentido y de las consecuencias de los descubrimientos á que asiste. En materias tan complejas, donde la verdad no brilla inmediatamente á la vista, es importante, no sólo probar lo que es exacto, sino también refutar de antemano el error posible. En el método dogmático no queda lugar para esta refutación. La exposición inductiva, por el contrario, puede cómodamente, eliminando todas las soluciones erróneas, abrirse camino hácia la solución legítima, y caminando indica en seguida lo que falta por hacer en aquel punto. Finalmente, cuanto más rara se va haciendo la lectura de los trabajos originales de los maestros, lectura que es la verdadera fuente de todo saber, la verdadera escuela de todo investigador, y cuanto más se habitúa la juventud estudiosa á buscar sus conocimientos en pálidas é insuficientes obras de segunda mano, más necesario es enseñarle desde el principio cómo se preparan y se hacen los descubrimientos en el dominio de la naturaleza. Quien haya sido iniciado con inteligencia en este método de investigación, lo seguirá, tenga ó no conciencia de él, cuando se vea abandonado á sí mismo, y lo aplicará con fortuna, sea en el laboratorio ó á la cabecera del enfermo.

Pero la exposición inductiva permite desarrollar cualidades más brillantes aún, y producir una impresión más profunda. Acaso no se ha advertido bastante que la historia de las ciencias inductivas es casi la historia de la inducción misma. Sabido es que Hegel enseñaba que la historia de la filosofía en general es la imagen del desarrollo lógico de la concepción en el espíritu del hombre. Después de una serie de progresos, había llegado, según él, al apogeo de su sistema. Esto es aproximadamente lo que sucede en las ciencias naturales que proceden por inducción, con la diferencia, sin embargo, de que el naturalista no se ciega hasta el punto de tomar el grado de conocimiento á que llega, como apogeo del conocimiento humano. Así como el investigador ve el desarrollo lógico de la verdad, que busca, coincidir con el desarrollo mismo y la progresión de sus investigaciones, con tanta más exactitud, cuanto más hábil sea su trabajo (1), de igual manera los sucesivos esfuerzos de los grandes

(1) El ejemplo más notable que conozco en apoyo de esta observación, es el invento de la pila de Volta. Véanse mis *Investigaciones sobre la electricidad animal*. Berlin 1848, I, pág. 91-92.

hombres, que en el curso de las edades y apoyándose unos en otros, han trabajado en el progreso de la ciencia, se reflejan con bastante fidelidad en la imagen misma de esta ciencia. Por una especie de necesidad interior, cada investigador, considerado individualmente, se detiene en el punto en que el estudiante, que recorre en seguida con facilidad la misma vía, se pára también en sus etapas sucesivas. Sin duda alguna, los azares inevitables de la invención, las observaciones imprevistas, las intuiciones súbitas, producen algunos extravíos, alguna irregularidad (1); pero estos extravíos no son más considerables ni más frecuentes, en la historia de las ciencias inductivas, que lo son en la historia de la especulación las excepciones á la ley de desarrollo proclamada por Hegel.

Si, pues, la exposición inductiva es la mejor en fisiología, como he procurado demostrar, y si con frecuencia la marcha histórica de las investigaciones individuales responde al desarrollo mismo de la inducción, resultará, en numerosos casos, que es como imprimir á la exposición inductiva un carácter histórico. Hay en este procedimiento una ventaja considerable. Así como el mejor medio de exponer con claridad y exactitud una investigación experimental consiste en referir lo que se buscaba y lo que se ha encontrado; lo que se esperaba, y en cuanto ha justificado ó engañado esta esperanza el acontecimiento que se aguardaba, las faltas que se han cometido hasta que la verdad apareció á nuestra vista como por sí misma; de igual modo la mejor exposición que puede hacerse á veces de una ciencia inductiva, obra colectiva de muchas generaciones de investigadores, es mostrar su desarrollo, haciendo recorrer al auditorio la misma vía que los investigadores han seguido. De tal modo se enseña á la vez la ciencia y su historia.

Los talentos medianos, cuyas miradas no van muy lejos, encontrarán grandes ventajas en esta exposición, puesto que une los hechos y las opiniones á las personalidades, y esta asociación, en vez de sobrecargar la memoria, la ayuda y auxilia. No basta, sin duda alguna, contentarse con unir un nombre propio á determinado fenómeno, ó al enunciado de tal ó cual principio. Para los talentos elevados la ciencia adquirirá un encanto completamente nuevo: ordinariamente les sirve de gran placer el frecuente trato con los sublimes genios de los maestros antepasados. Con su contacto el discípulo se eleva y engrandece, y encuentra al mismo tiempo la medida de su propia fuerza. Al verles extraviarse no le embriaga el orgullo, sino

(1) Celebro estar de acuerdo en este punto con el hombre que ha inspirado á muchos de sus discípulos el gusto profundo que tenía por el estudio histórico de la ciencia. Mr. Dove comienza sus estudios sobre los trabajos meteorológicos de Humboldt, con estas palabras. «Hay ciencias físicas cuya historia presenta un desarrollo tan sistemático, que el espíritu se detiene confundido ante el encadenamiento riguroso é inconsciente de las ideas.»

que aprende á distinguir los hechos, que no perecen, de las opiniones, que son efímeras. Cuando se aprende á considerar la ciencia como comprometida en perpetuo adelanto, se siente la excitación de ayudarla en su progreso. El ver cómo la naturaleza recompensa todo esfuerzo sincero y la posteridad sábia todo servicio, por pequeño que sea, estimula y anima. Finalmente, la imparcialidad nacional y la justicia histórica que supone este método de exposición, lo hacen particularmente digno del carácter alemán.

Se ha dicho que la historia política sólo enseña lo poco provechosas que son sus enseñanzas. Triste sería que se pudiera decir otro tanto de la historia de la ciencia. Esta tiene también, sin duda, sus periodos sombríos. La época que ha trascurrido desde fines del último siglo hasta bastante entrado el actual, ha sido, salvo algunos genios aislados, una de esas edades oscuras para la ciencia alemana. Parecida á un joven bien dotado, pero que se entrega á estériles ensueños, presa de no sé qué embriaguez de estética, al salir de su grande época literaria, el genio alemán se dejaba deslumbrar por varias ilusiones poéticas y filosóficas, extraviándose lejos del único camino que en el estudio del mundo físico puede conducir al objeto. Reinaba en la enseñanza una falsa filosofía de la naturaleza casi penetrando en las academias, y la especulación desterraba á la inducción del laboratorio y hasta de la mesa de disección.

Por fortuna hemos salido de este período, y gracias á las mismas cualidades que tan funestas le fueron, el genio alemán ha conquistado su puesto, uno de los primeros en este dominio. Sin embargo, la filosofía especulativa, según ella decía, había llegado á su apogeo. Convertida en eclecticismo, ha observado después indecisa durante una generación el apogeo de las ciencias naturales, y, en esta disposición crítica, no podía adquirir partidarios. Recientemente ha concebido la esperanza de nuevos progresos, y con su confianza en sí misma ha aumentado el número de sus discípulos.

El estudio de la naturaleza ha llegado en muchos puntos á los límites más lejanos. La fisiología de los sentidos que conduce tan directamente á la teoría del conocimiento, la doctrina de la conservación de la fuerza, la crítica del vitalismo, las teorías acerca del origen del universo y de los organismos tocan tan de cerca y tan naturalmente á la metafísica, que podría crearse que las ciencias naturales se aproximan á la especulación para ofrecerle nueva alianza.

Algunos filósofos lo han creído así, suponiendo que la ciencia de la naturaleza piensa en abandonar su método, volviendo hacia atrás y poniéndose de nuevo á filosofar. Bajo este punto de vista se la ha felicitado, se le han prodigado los consejos, se le han demostrado cómo, penetrándose de los principios filosóficos, llegaría mejor á su objeto.

Hay en este asunto una equivocación que conviene

señalar á tiempo. Creemos que la experiencia de principios de este siglo basta. Opinamos que la filosofía puede, en más de un punto, sacar provecho del método que siguen las ciencias naturales; pero que las ciencias naturales no pueden sacar ninguno del método filosófico. La ciencia del mundo físico tiene su objeto en sí misma, y el camino que conduce á él le está indicado con una claridad que no deja lugar á duda. Trátase de conocer los cuerpos y sus modificaciones; de explicar estas manifestaciones por la observacion, la experiencia y el cálculo. Como observa Hugo de Mohl con exactitud, no quiere esto decir que las ciencias naturales excluyan toda especulación; pero se entregan á ella en los límites convenientes y á condicion de que sus hipótesis, á las cuales conceden provisionalmente algun valor, sean confirmadas por la experiencia. La importancia de la filosofía en descubrir las leyes del mundo físico, aunque la maneja el pensador más profundo, queda demostrada de un modo incomparable en el siguiente ejemplo.

Si hay algun principio que haya podido encontrar *a priori* la filosofía aplicada al mundo de los cuerpos, es seguramente el de la conservacion de la fuerza, principio que se encuentra, por decirlo así, en los confines de la física y de la metafísica. Fué proclamado primero por Descartes como un filosofema; pero Descartes lo formuló mal, apoyándolo sólo en fundamentos teológicos. Más tarde lo tomó Huyghens como teorema mecánico á las leyes del péndulo de Galileo, y entónces fué cuando Leibnitz (1686) le dió por primera vez una expresion general y rigurosa en su *Brevi demonstratio erroris memorabilis Cartesii*. Desde entónces, este principio penetra toda su concepcion del mundo, como domina la nuestra. Esta doctrina era familiar á todos los matemáticos y filósofos de la primera mitad del siglo XVIII. El fisiólogo Alberto de Haller no la había perdido de vista en 1762, en sus *Elementa physiologiæ corporis humani*. No es de este caso la averiguacion, por lo demas utilísima, de las circunstancias por las cuales una idea que ha adquirido en nuestros dias tanta importancia desapareció entónces de la conciencia general, hasta el punto de necesitarse hacer recientemente de nuevo el descubrimiento. Sea de ello lo que quiera, ¿no es característico que Kant, que dominaba estas materias y que hasta había escrito en 1746 un trabajo sobre las medidas de las fuerzas segun Descartes y segun Leibnitz, no haga ninguna alusion á esta ley y no la discuta en sus *Principios metafísicos de las ciencias naturales*?

E. DU BOIS-REYMOND.

LA CIVILIZACION EN LAS ISLAS SANDWICH.

Vamos á estudiar el punto de partida, los desarrollos sucesivos y las conquistas de la civilizacion en una parte de la Polinesia, demostrando cómo, en ménos de un siglo, un país sumido en las tinieblas del paganismo, y aniquilado bajo el peso del despotismo más absoluto ha llegado á la aplicacion regular de las teorías constitucionales y del gobierno parlamentario.

Hace veinte años se necesitaban doscientos dias para recorrer la distancia que nos separa de las islas Sandwich. Hoy, nueve dias de travesía á Nueva-York, ocho á San Francisco, y doce á Honolulu, hacen veinte y nueve dias de viaje.

El archipiélago de las islas Sandwich describe una curva de 120 leguas próximamente de E. á O., y comprende ocho islas, de las cuales la más extensa tiene una superficie igual á la de Córcega. Situadas en los trópicos, á igual distancia de la América y del Japon, separadas de estos dos continentes por más de 700 leguas de mar, y de Tahiti y de las costas del Norte por más de 1.000 leguas; dichas islas, conocidas con el nombre de Archipiélago Havaiano, perdidas en medio del Océano Pacífico, eran hace tres siglos el terror de los escasos navegantes que se atrevían á recorrer aquel mar entónces desconocido.

El suelo, rico y fértil, bastante quebrado y cubierto de una vegetacion espléndida, se eleva en pendientes suaves y en graciosas curvas. Poseen diversidad de climas; en las costas y en las llanuras la naturaleza es esencialmente tropical; las altas mesetas constituyen una zona templada; las montañas, algunas de las cuales exceden la altura del Mont-Blanc, cubiertas de nieves perpetuas en alturas de 4.000 metros, templan los ardores del sol y alimentan numerosos rios. Bajo un cielo siempre puro, la naturaleza ofrece maravillosos aspectos, parajes grandiosos, y esa temperatura ideal, soñada por los poetas, que se llama una primavera perpetua.

Este es el país; veamos lo que son los habitantes.

Puede creerse con estos antecedentes que sea una raza dulce, sensual, que vive en la molicie, sin esfuerzos, evitando la lucha inútil contra una naturaleza pródiga de sus dones, repugnando la lucha más inútil todavía y más sanguinaria de hombre á hombre, poblando sus valles y sus montañas de dioses y diosas, designando á Vénus la primera categoría, desterrando á Marte de su Olimpo, y creando todos los detalles de una teogonía á su imágen; pero no sucede así. En ese país que acabamos de diseñar, se producen fenóme-

nos físicos que obran poderosamente sobre el espíritu de la población. Los volcanes han creado el archipiélago, y su trabajo no está concluido todavía; erupciones violentas trastornan de vez en cuando el suelo. Esos son los volcanes que los indígenas han divinizado, fieles á ese instinto que lleva al hombre á elevar á la categoría de dioses los objetos de su terror, lo incomprendible, lo sobrenatural.

Acabamos de pronunciar la palabra *indígena*, pero no nos equivoquemos. No queremos decir que la raza que puebla las islas sea autochthona, nada de eso. Si una raza verdaderamente autochthona ha vivido alguna vez en aquel archipiélago, lo cierto es que no ha dejado huellas ningunas. Los habitantes actuales, los kanacos, como ellos se llaman á sí mismos, de la palabra *kanaka*, que en su lengua significa hombre, no han ocupado las islas hasta fines del siglo XII. Son originarios de Sumatra.

Sabido es que en la segunda mitad del siglo XII las vastas cumbres de la alta Asia arrojaron sobre el mundo, entónces conocido, esos terribles aludes humanos que, conducidos por Tching-Gis Khan invadieron las Indias, Persia, Siria, Moscovia, Polonia, Hungría y Austria. Sobre la vertiente opuesta se verificó el mismo fenómeno. Lo mismo que un alud empuja á otro, la emigración fué bajando hasta la península de Malacca, arrollándolo todo ante su empuje y arrojando al mar poblaciones enteras que encontraron por única salvación sus balsas ó canoas. El choque debió ser terrible para producir así millones de fugitivos, y arrojarlos sobre las costas de Borneo, de las Celebes y de las Nuevas-Hébridas. Eran tan numerosos, que los más aventureros cedieron sulugar en estas islas, y llegaron como pudieron á las de Figis, los Navegantes, Hervey y Tahití. Un nuevo reflujo los arrojó á las islas Sandwich. Más allá sólo había el continente americano, distante 700 leguas, y los vientos y las corrientes contrarias oponían á sus débiles embarcaciones barreras infranqueables.

Así, pues, vemos de una parte una gran corriente que arrastra en el siglo XII á los tártaros-mongoles de E. á O., y una corriente en sentido contrario que se dirige de O. á E. La primera invadió la Europa; la segunda inundó las Indias y rechazó la población á la Oceanía. Si tuviéramos espacio, estudiaríamos las consecuencias de ese doble movimiento, cuya impulsión subsiste todavía hoy. Sería muy curioso seguir esa marcha muy lenta, pero constante, de Asia sobre Rusia, de Rusia sobre Alemania, de Alemania sobre Francia, marcha que arrastra la Europa hácia América, la América hácia Oceanía, Japon y China. Despues, en sentido inverso, seguiríamos las

etapas sucesivas de los chinos, que invaden poco á poco la Oceanía, pueblan una parte de la California, atraviesan Sierra-Nevada, y cuya vanguardia llega hasta implantarse en Nueva-York, á pesar de los esfuerzos de una legislación digna de los bárbaros.

Esta sería materia larga, y por hoy tenemos que limitar nuestra atención. Los datos que presentamos no son puramente especulativos, sino el resultado de un estudio atento y basado en hechos precisos. Para establecer el origen de los habitantes de la Oceanía hemos tenido que remontarnos á las fuentes y resolver lentamente, por medio de la lengua y de las tradiciones, el problema difícil, y por otros medios insoluble, que se imponía á nuestro estudio.

La raza no había, pues, crecido en el suelo, sino sido arrojada á él. La impresión recibida fué tanto más viva, cuanto que los fenómenos volcánicos que la raza desconocía impresionaron vivamente su imaginación. Una teogonía, cruel como los volcanes, creó un culto sanguinario y bárbaro. Pelé, diosa de los volcanes, escoltada por un cortejo de dioses implacables y sensuales, pobló los cráteres, las montañas y los valles. A semejantes divinidades era preciso hacer sacrificios humanos, y la sangre de millares de víctimas corrió sobre los altares. El desprecio de la vida que caracteriza á las razas indias; la tendencia al fatalismo que constituye el fondo de su organización intelectual y moral, les sumieron más y más en esas espesas tinieblas de que no se desprendía ninguna aspiración consoladora, ninguna esperanza de un mundo mejor. Semejante metafísica creó un estado social á su imagen. Si los Kanacos no llegaron á ser antropófagos, como en las islas Figis, fué porque el suelo producía en abundancia lo que necesitaban para la existencia; pero conocieron todo lo que el despotismo, la poligamia y la poliandria tienen de más odioso.

A pesar de la identidad de origen, de lengua y de supersticiones, su estado político fué muy heterogéneo. Dividieronse en poblaciones separadas las unas de las otras por brazos de mar que aislaban las islas. Jefes escogidos entre los más atrevidos, los más violentos y los más valientes, asentaron sólidamente su poder en la fuerza y el terror. Entre isla é isla, entre jefe y jefe había constantemente guerras y luchas sanguinarias, hasta que uno de los jefes, más inteligente, más hábil que los demás, los venció sucesivamente, los subyugó y fundó la unidad Havaiana sobre las ruinas de sus rivales. Este jefe se llamaba Kamehameha. Necesitaronse seis siglos para llegar á este resultado. En 1778 la civilización empezó á entrar en escena.

¿Bajo qué forma y cómo? Dos hombres personifican esta civilización: Cook, el navegante atrevido, audaz, poco escrupuloso, que se deja adorar como un dios y que encuentra en la isla de Havai una muerte que constituye su gloria; y Vancouver, cuyo nombre, venerado por los indígenas, les recuerda al bienhechor de su raza, al que deben las primeras semillas, los primeros útiles de labranza, y sobre todo las primeras nociones de un culto que eleva y ennoblece la humanidad. Ambos eran ingleses, ambos protestantes; pero uno representaba la fuerza y otro la persuasión.

En la época de que hablamos, el paganismo desaparecía de todas partes; su tiempo había pasado. El abuso atroz provocaba la reacción violenta. Había sed de vivir, de respirar, de sacudir el horrible yugo. Los primeros misioneros americanos que llegaron después de Vancouver encontraron el terreno preparado. Acogidos con entusiasmo por una población cansada de los excesos de una teocracia sin regla moral y de un despotismo sin freno, no tuvieron más que sembrar para coger.

Jamás ha sido más pacífica conquista alguna de la civilización; y sin embargo, se cuentan por cientos de miles sus víctimas. Es una ley fatal de la humanidad, pero el progreso no puede realizarse sino lentamente, y donde su marcha es violenta aplasta á los que le retardan. La historia nos enseña en Europa la civilización, creciendo lenta y difícilmente, separando en cada jornada bajo la forma de despojos las preocupaciones que se oponían á su marcha y hasta las instituciones de que se servía para avanzar. En las islas Sandwich la civilización se presenta avanzando á paso de gigante, recorriendo en diez años más espacio que en otras partes en un siglo, y no encontrando ante sí ninguna resistencia, llamada, deseada por todos.

En ménos de dos años los habitantes han pasado del estado de desnudez completa al uso de los trajes europeos. Este es un detalle exterior, dirán algunos; pero en esos dos años la despoblación fué de más de 50.000 almas: hé aquí lo que cuesta vestir un pueblo salvaje. Los mismos hombres, apenas vestidos, contrajeron enfermedades desconocidas entre ellos; la pneumonía, la bronquitis, las afecciones del pecho causaron millares de víctimas. El medio climatérico cambió para ellos; se constipaban y morían.

El contacto con los blancos les produjo enfermedades venéreas. El aguardiente, la más terrible de las bebidas para esas razas de los climas calientes, diezmo la población. En setenta y cuatro años, de 1779 á 1853, la despoblación llegó á una cifra enorme, excediendo las defunciones á los nacimientos en la cantidad de 325.000.

No se puede tocar á un orden social, por malo que sea, con el hacha, sino con la lima; y en el que venimos examinando se cortaba por lo sano.

¿Se podía hacer otra cosa? Quizá; pero á los atrevidos iniciadores de una civilización naciente no se les puede pedir regularidad en las transiciones. En esta rápida carrera sucumben los débiles; el movimiento es brusco y violento, y todo lo arrolla.

Además, es un gran error creer que la civilización se presenta á las razas bárbaras por el lado bueno; nada de eso. Penetra tanto por sus vicios, que el salvaje añade á los suyos propios, como por sus elevadas verdades y sus ideales teorías. El vendedor de aguardiente marcha detrás del misionero, cuando no va delante; el uno intenta salvar el alma; el otro mata el cuerpo, y lo que mata queda bien muerto.

La lucha, porque hubo lucha, se entabló, pero no entre el kanaco refractario y la civilización invasora, sino entre el misionero blanco y el aventurero blanco; entre la religión y el aguardiente que se disputaban al indígena. Los misioneros protestantes americanos ganaron la partida, y el rey y los jefes les dieron el poder. Como instructores del pueblo, ¿no correspondía á ellos iniciarle en esa civilización nueva de la cual eran evidentemente los representantes más desinteresados bajo ciertos conceptos? Para juzgar bien su obra, démonos cuenta de los obstáculos de que tenían que triunfar. De una parte, el paganismo vencido, pero en pié todavía sostenido por miles de raíces, y los apetitos sensuales comprimidos, pero no extinguidos; y de otra sus compatriotas ávidos de ganancias, irritados contra ellos y más temibles que los kanacos. Más religiosos que políticos, más creyentes que expertos, los misioneros protestantes americanos sacaron de la Biblia una especie de gobierno teocrático; tomaron á las leyes de Moisés un código civil, y creyeron poder reformar las costumbres á fuerza de decretos.

Engañáronse, pero una parte de su obra subsistió todavía hoy, y de sus faltas no queda más que el recuerdo. Llevaron consigo al archipiélago, bajo las formas autoritarias de un principio teocrático, las ideas de libre exámen, de iniciativa privada y sobre todo de instrucción. Al lado del templo construyeron la escuela; de la mujer, instrumento de placer y de trabajo, hicieron un sér consciente, igual al hombre; y enseñaron á los niños á leer, á escribir y contar. Encontraron en el rey y en los jefes protectores eficaces, neófitos ardientes ávidos de aprender primero, y ambiciosos de aplicar después lo que habían aprendido.

Este período de iniciación duró desde 1800 á 1850, y consiguió la organización de un gobierno

constitucional calcado sobre el de Inglaterra, con una mezcla singular de ideas americanas. En 1852 se terminó la obra política del partido misionero, perdiendo éste el poder y dando lugar á una organizacion en que domina el elemento civil.

Las bases de esta nueva organizacion son de dos especies, y debía ser así. En efecto, dos ideas inconciliables en apariencia se encuentran juntas; de una parte las tradiciones feudales y autoritarias, y de otra las tendencias americanas, descentralizadoras y republicanas. Llegóse á un resultado mixto. Conservando la forma monárquica, respetando la categoría de los jefes y consagrándola por el establecimiento de una Cámara alta, se dió satisfaccion á las tradiciones indígenas; un ministerio responsable, una cámara de representantes elegida por sufragio universal para votar el presupuesto y las leyes, representaron el elemento liberal. El punto de partida fué éste: rey, nobles y súbditos pusieron en comun sus derechos antiguos ó nuevos, y abandonaron al Estado, organizado por ellos, una parte de esos derechos para asegurar el respeto y la conservacion de los que se reservaban.

El Gobierno fué considerado como el gerente de una sociedad de seguros contra los enemigos de fuera y contra los de dentro. Contra los primeros era ya bastante garantía el aislamiento del nuevo Estado y la distancia que separaba el archipiélago de los continentes americano y asiático, y se completó esa garantía por medio de una organizacion militar basada en el reclutamiento voluntario. En el deseo de prevenir complicaciones, se creó el ministerio de Negocios extranjeros, encargado de mantener buenas relaciones con las potencias y resolver las cuestiones complejas que creaba el comercio cada vez más creciente con sus nacionales.

En un país en que no se pone en tela de juicio la cuestion dinástica, el número de los enemigos de dentro es necesariamente limitado. Consideróse como tales la ignorancia, las enfermedades que diezaban la poblacion, y los malhechores. Contra estas plagas, inherentes á todo orden social, se tomaron medidas preventivas. Organizóse primero todo un sistema de instruccion pública gratuita y obligatoria, dedicando á ello la quinta parte de las rentas, y por este medio llegó á obtenerse el resultado de que hoy no se encuentra en las islas hombre ni mujer de veinte años que no sepa leer, escribir y contar. Un consejo de sanidad quedó encargado de hacer llegar á conocimiento de todos las más sencillas leyes de la higiene. En cada isla se establecieron hospitales y boticas, en las cuales se proporcionaban medicamentos gratuitos á los habitantes. Por último,

una policia vigorosamente constituida y tribunales regularizados consiguieron una seguridad completa.

Quedaba la cuestion religiosa, la más delicada y la más compleja de todas. Los misioneros, cuando estaban en el poder, hicieron de la religion protestante la religion del Estado. Una religion del Estado no es siempre garantía de que haya religion en el Estado. El nuevo gobierno que sucedió al de los misioneros abandonó completamente este asunto, se desligó en absoluto de la cuestion religiosa, considerando que ésta se hallaba por encima de su poder, que no tenía derecho ni autoridad para intervenir en ella. La llegada de misioneros católicos y anglicanos hacia cada vez más compleja esta cuestion. Declaró, pues, que los padres eran los únicos árbitros de la instruccion religiosa que deseaban dar á sus hijos y practicar ellos mismos; que el deber del Gobierno se limitaba á asegurar la libertad de cultos, y por lo tanto correspondía á cada cual pagar el que le conviniese. Negóse, pues, á centralizar en sus cajas las suscripciones voluntarias y prohibió de la manera más absoluta á los maestros de escuela, pagados por el Estado, que enseñasen ninguna religion á sus discípulos. Esta tarea quedó reservada á los ministros de los diferentes cultos. Se señalaron horas especiales para esta enseñanza, y el Estado se limitó al único papel que le correspondía en propiedad, el de asegurar la libertad completa en materias religiosas.

Así organizado, el Gobierno havaiano ha funcionado desde 1852 hasta hoy, no diré sin dificultades, pero sin trastornos violentos. Con la seguridad y el respeto de las leyes, el país ha entrado en una era de prosperidad moral y material muy notables. La agricultura ha hecho progresos considerables. La exportacion del azúcar, cultivo nuevo, admirablemente apropiado al suelo, se ha elevado, de 400.000 libras á que ascendia en 1860, á 18.000.000 que importaba en 1873. La despoblacion se ha detenido en su rápida carrera; pero esta prosperidad, cuyo cuadró diseñamos rápidamente, ha creado un peligro. Los deseos de los Estados-Unidos amenazan al archipiélago con una anexion que sería el punto de partida del aniquilamiento de la raza indígena. Este peligro se ha presentado inminente en 1852, en 1863, en 1871, y aún recientemente; y todas las veces ha sido conjurado por la prudencia de los hombres de Estado que gobernaban el país havaiano, y por la repugnancia del Senado de los Estados-Unidos, más refractario que la Cámara de representantes, á las pasiones populares.

Para resistir estos deseos, el gobierno havaiano se ha apoyado frecuentemente en Francia y en

Inglaterra, cuyo benévolo concurso no le ha faltado casi nunca. Una sola vez el gobierno francés, lejos de prestarle apoyo, provocó el peligro. Permítasenos terminar con esta anécdota. Podemos sacar de ella instructiva lección, y debe perdonárenos que, á propósito de un país tan pequeño, despertemos el recuerdo de grandes hechos; pero es una de las glorias de nuestro país no poder emitir una teoría sin llamar la atención del mundo entero. Frecuentemente la teoría nos aplasta á nosotros mismos con su peso; pero, buena ó mala, promulgada por Francia hace su camino.

En la tribuna francesa un ministro del imperio proclamaba en bellissimo lenguaje, que los pequeños Estados no tenían razón de ser, y que debían desaparecer para formar parte de las grandes aglomeraciones. Aplaudieron en nuestras fronteras y aplaudieron al otro lado del Atlántico. Los Estados-Unidos reclamaron la anexión del Canadá, de la isla de Cuba y de las islas Sandwich, y éste era, según se dijo en el Congreso de la union americana, el advenimiento del reinado de la lógica pura. El día en que esta pretendida lógica, enemiga mortal de todos los derechos, ha entrado en la dirección de las cosas del mundo, ha causado irreparables perjuicios. En los Estados-Unidos la sabiduría de los gobernantes y las dificultades interiores, consecuencias de la guerra de separación, han aplazado la desastrosa aplicación de este principio. El pequeño país de que acabamos de hablar está preparado con todas sus fuerzas contra ese peligro al cual hasta ahora ha escapado, y prosigue tranquilamente su marcha por el camino del progreso. El peligro conjurado renacerá de nuevo. La violencia podrá arrancar algún día á esa nación su autonomía; es muy posible; pero el derecho subsistirá. Ese pueblo no pide más que vivir libre bajo gobiernos elegidos por él; ofrece á los extranjeros la hospitalidad más cordial y la seguridad más absoluta. En cincuenta años ha pasado de la barbarie á la civilización y ha pagado bien cara esa conquista. Robarle su independencia, anexionarle violentamente á una raza extraña, es condenarle á muerte y no lo merece; merece vivir porque ha comprendido, aceptado y practicado el progreso, y conquistado el lugar que ocupa entre las naciones civilizadas.

C. DE VARIGNY.

(Revue politique.)

SAKÚNTALA,

DRAMA EN SIETE ACTOS

DEL POETA INDIO KALIDASA.

ACTO TERCERO.*

INTRODUCCION. (1)

Entra un ayudante del sacrificio recogiendo la hierba Kuça.

AYUD. ¡Oh! grande es el poder del príncipe Dushyanta. Desde el primer momento de su entrada en nuestra Laura se celebran los sacrificios y actos religiosos sin interrupciones. Fiado en la fuerza de su brazo no juzgó necesario tener el arco dispuesto con las certeras flechas. Yo por mí creo, que el lejano zumbido de las cuerdas y el ruido del arco producen espanto en los malévolos genios que nos hacen la guerra. Bien está; derrotados no hay que temerlos. Ahora voy á llevar á los sacerdotes esta hierba Kuça para que la derramen por el suelo del lugar del sacrificio. (Anda algunos pasos y prosigue en tono más alto.) ¡Eh! ¡Priyanvada! ¿Para quién llevas ese unguento de raíz Uçira, y los tiernos filamentos de hojas de Lotos?... (Aplicando el oído.) ¡Es cierto lo que dices! ¡Oh desgracia! Los ardores de la estación han quebrantado la salud de la bellissima Sakúntalá y llevas ese remedio para aplicarle como calmante á su delicado cuerpo. Anda y vé ligera, que tu hermosa amiga es, á no dudarlo, el ser que sostiene la vida del noble jefe de nuestra familia, del venerable Kanva. Yo también corro presuroso á derramar en las manos de la nobilísima niña agua del sacrificio, que es eficaz remedio de todos los males. (Sale.)

FIN DE LA INTRODUCCION.

Entra el rey pensativo y absorto en sus meditaciones.

Conozco hasta dónde alcanza la virtud del Tapas; sé que esta niña, de fascinadores ojos, está bajo la tutela y autoridad de un extraño; pero

* Véanse los números 40 y 41, páginas 153 y 184.

(1) VISHKAMBHAKA. El erudito sanskritista Chezy sospechó, y el no menos distinguido Lenz demostró ya con entera evidencia, que con esta expresión designaban los indios escenas especiales que pasaban entre actos, y no personajes, como opinó Wilson en su *Teatro indio* (2.ª edición), Böhlingk y otros indianistas han puesto fuera de duda la teoría de Lenz, fundados en la autoridad de los retóricos y escritores dramáticos indios más celebrados. (Lenz, *Apparatus criticus ad Urvasiam*, p. 6; Böhlingk, *Kalidasa's Sakúntala*, introducción, p. XI y siguiente.)

De esta especie de *Episodios dramáticos* hay dos clases: el *Vishkambhaka* y el *Praveçaka*. La diferencia de uno y otro está únicamente en la clase y número de personas que en ellos intervienen. En la escena *Vishkambhaka* sólo pueden aparecer dos personas, y de las clases *media* y *baja*; tiene precisamente lugar al principio de un acto; es como su preámbulo. En *praveçaka* sólo aparecen personas de la clase *baja*, y tiene lugar siempre entre dos actos. Estas escenas tienen algo de parecidas á las desempeñadas por los *clowns* en ciertas representaciones del teatro moderno. En ellas se da conocimiento de hechos ó circunstancias cuya noticia es indispensable ó conveniente para la inteligencia de lo que sigue. También se anuncian por este medio sucesos futuros, que deben saberse, pero que no tienen cabida en el drama verdadero. El *Vishkambhaka* se llama *puro* cuando sus dos actores son de la clase *media*; *mezclado*, cuando uno es de la *media* y de la *baja* el otro.



me falta resolucion y valor para alejar de ella mi corazon, cautivo de sus encantos. (Agitado por la pasion del amor.) ¡Oh! ¡Adorado amor! A tus piés y ante la divina Luna venimos á ofrecer nuestros pesares; pero implacables, os gozais en el dolor del corazon amante. Destino fatal que no perdona las edades de los tiempos ni las condiciones de la vida. Tus flechas no son flores, ni son frios los rayos de la Luna. Que esto es verdad, lo ve cualquiera que se encuentra en igual caso que yo. Fuego misterioso despiden los rayos de la benéfica Luna, aunque nacidos del frio; las flechas de flores lanzadas por Amor se convierten en dardos semejantes á la terrible maza de Indra. (Anda algunos pasos en ademan triste.) ¡Cómo pasaré estos momentos en que me veo libre de los anacoretas! Se ha terminado el sacrificio y debo descansar de esta fatiga que me oprime. (Suspirando.) Pero... necio de mí, ¿qué dudo? ¿Es para mí posible la vida fuera de la presencia de mi amada? Voy sin detenerme á buscarla. (Mira al Sol.) Estas horas de calor sofocante las pasa, de ordinario, Sakúntalâ acompañada de sus amigas, sobre las márgenes del rio Máliní, lugar sin igual risueño y profusamente engalanado con flores, trepadoras y Lianas. (Anda algunos pasos y se detiene haciendo como si algo le tocara.) ¡Cuán apacible y ameno es este sitio! La blanda y deliciosa brisa que sopla, calma el fuego que me abrasa. En el fondo de tanta belleza parece como si en estrecho abrazo se uniesen el aura portadora del aroma de la flor Lotos envuelto en gotas delicadas de las olas del Máliní, con los miembros del invisible dios Amor, abrasados por el fuego de Indra poderoso. (Sigue examinando la escena que le rodea.) (1)

Deben encontrarse no léjos de esta enramada de lianas y trepadoras, tan graciosamente adornada con la planta Vétasa... ¡Hermoso panorama! El suelo que en un principio se presenta levantado, se hunde despues como inclinándose ante la presencia de mi amada! Tal vez yace lánguida y graciosa sobre el césped florido. Aquí mismo descubro sobre la blanca arena recientes señales de sus lindos piés. Las buscaré entre estos arbustos y ramajes. (Despues de andar algunos pasos, exclama con júbilo.) ¡Oh! dicha inefable; ¡venturosos ojos míos! Allí está la amada de mi alma, radiante de hermosura y de belleza. Con languidez graciosa descansa su delicado cuerpo sobre un banco alfombrado de suavísimas flores, y sostiene con las amigas animado coloquio. Valor, corazon mio. Aquí me detendré á escuchar sus palabras. (Se oculta, y despues de una breve pausa, aparece Sakúntalâ con sus dos amigas que la dan aire.)

AMIGAS. (Con cariño.) ¿No te refresca y da placer el aire que producen las hojas de Lotos?

SAKUNT. ¿Y por qué vosotras, amigas mias, os tomáis tan penoso trabajo? (Las dos amigas están como asustadas, mirándose una á otra.)

REY. Efectivamente; la hermosa niña lleva en su cuerpo todo señales de un mal grave. (En tono de

(1) ANANGA ó incorpóreo es uno de los muchos nombres que tiene el dios Amor. En una ocasion se presentó á «Çiva,» que se ocupaba en austerísimas penitencias y practicaba todas las prescripciones del Tapas, con el designio de perturbar sus prácticas y despertar en su divino pecho amor hácia *Parvati*. «Çiva,» lleno de cólera por su atrevimiento, abrasó con el fuego de su ojo el cuerpo del dios Amor y le redujo á cenizas. La historia de este mito se cuenta en *Ramayana*, I, 25.

duda.) Pero... tal vez su malestar reconoce otra causa distinta del calor que viene del Sol. Si, las sospechas de mi corazon son ciertas. (Con ansiedad.) ¿Pero qué estoy diciendo? ¡Fuera con estas dudas que me atormentan! El delicado cuerpo de mi amada está enfermo, pero más bello y hermoso que nunca. Y el lindo adorno de Lotos puesto sobre su brazo con descuido, y la risueña planta Uçira que, á manera de velo, oculta su gracioso pecho, todo en ella es encanto que fascina y arrebatata el alma. Iguales efectos produce en la mujer el calor de la estacion que el fuego del amor implacable; mas este sólo causa en ella cierta languidez dulcísima que roba el corazon del amante.

PRIYANV. Amiga Anasûya, desde el instante en que Sakúntalâ vió por vez primera al ilustre Rey Dushyanta, huye de sus párpados el sueño y de su corazon el sosiego. Su alma está dominada por ansiedad siempre creciente, y no es otra la causa de este mal, que parece incurable.

ANASUYA. Tambien mi corazon empezaba á sospechar lo que dices. Deja que yo la indague. (Alto.) Amiga Sakúntalâ, si no te sirve de molestia, te hare una pregunta que el cariño me sugiere. Veo que tu malestar va en aumento.

SAKUNT. (Se incorpora sin dejar el lecho de flores.) ¿Y qué quieres decir con eso, amiga mia?

ANASUYA. Escucha y lo sabrás. Aunque no estamos versadas en cuestiones y casos de amor, con todo, nos parece tu situacion semejante al estado en que nos pintan las antiguas leyendas á enamorados y amantes. Dínos francamente: ¿acaso Amor es la causa de tus penas? No te empeñes en ocultar un secreto que pronto será de todos sabido; que no es posible dar el remedio de males cuyas causas y naturaleza son desconocidas.

REY. (Aparte.) Las palabras de Anasûya son la expresion de mis pensamientos, y esto hace renacer en mi corazon la esperanza, pues que no he juzgado por consejo propio.

SAKUNT. (Aparte.) Verdad es cuanto las amigas dicen y piensan del estado de mi alma. Fuerza irresistible mantiene mi corazon cautivo del suyo; mas no encuentro en el ánimo valor para manifestar claramente á mis amigas la causa de mis pesares y tristezas.

PRIYANV. Sakúntalâ mia, dice bien nuestra amiga Anasûya: ¿por qué no cuidas esta enfermedad que consume tus fuerzas? De dia en dia vas perdiendo de ellas y tu salud se agota; únicamente tu belleza y gracia no te abandonan.

REY. Entera verdad dice Priyanvadâ. Lentamente enflaquecen sus mejillas y su rostro; sus lindísimos pechos no ostentan su primer lozanía y su grosura; la robusted de su cuerpo disminuye; visiblemente se van hundiendo sus hombros; el color decae, y en su apacible y lánguida mirada demuestra el tormento del amor, á la manera de una delicada *Latámádhaví* (1), tocada por un viento, cuyo soplo sólo marchita las hojas, dejando á las flores su bello y radiante colorido.

SAKUNT. Amigas mias, ¿á quién he de contar sino á vosotras esto que me pasa? Pero, nó; callaré: mis palabras os darían nuevo tormento.

(1) *Latamudhavi*, es la gártnera racemosa, ó *Banisteria Bengalensis* de los botánicos.

PRIYANV. Esta es precisamente la causa que más despierta nuestra curiosidad: las penas se hacen más llevaderas desde el momento en que se dividen, comunicándolas con una persona querida.

REY. Ahora cederá seguramente á los ruegos de sus amigas que compartir quieren con ella los pesares, y no podrá guardar más tiempo un secreto que á mí más que á otro alguno interesa. Grande es la ansiedad de mi corazón. Aunque sus miradas tiernas y sentidas me han revelado muchas veces la llama que en su pecho ardía, tiemblo que llegue el momento de pronunciar la fatal sentencia.

SAKÚNT. Desde el día en que se presentó á nosotras ese Rey generoso protector de nuestra Laura, se encendió en mi pecho tal llama de amor, que la ansiedad y la impaciencia me han traído por fin á esta situación desesperada.

REY. (Con júbilo.) ¿Qué escucho? ¿No es sueño?... El dios Amor derramó sobre mi alma dolor profundo y fuego insano; y él mismo corre hoy clemente á cerrar las heridas que ántes hizo. Su benéfico influjo es semejante al que las frescas nieblas producen sobre los seres que han sufrido los ardores del estío.

SAKÚNT. Si á vosotras no pareciese contrario al decoro, haced de modo, que ese Rey tan noble como sabio se mueva á piedad de mi infortunio. De otro modo, pronto tendreis que rociar mi cuerpo con agua y semilla de tila (1).

REY. Estas palabras disipan mis dudas sobre sus sentimientos amorosos.

PRIYANV. (Aparte.) La inmensidad de su amor no consiente espera en el logro de sus aspiraciones. No hay duda que éstas son elevadas, pues el que ha merecido sus ardientes simpatías es vástago nobilísimo y gloria de los *Páuravas*. Nada más justo, pues, que dar contento á su amor y procurar el logro de sus deseos.

ANASUYA. Dices bien.

PRIYANV. (Alto.) Grande será tu ventura, amada Sakúntala; tus aspiraciones son tan rectas como nobles y elevadas tus miras; porque nada más natural que una gran corriente se confunda, al fin de su curso, con el vasto Océano; y nadie mejor que el árbol *Mango* puede sostener, en dulce abrazo, á la trepadora *Atimukta* con sus tiernas ramitas.

REY. Ahora comprendo por qué las dos estrellas *viçakhas* siguen el curso de la Luna en sus fases diversas.

ANASUYA. ¿Y qué medio buscaremos para ver cumplidos los deseos de nuestra amiga, pronto y sin que el hecho sea divulgado?

PRIYANV. No es difícil hacer que se vea pronto unida en himeneo con el príncipe amado; pero lo será, tal vez, que el hecho permanezca mucho tiempo oculto.

ANASUYA. ¿Y cómo podrá hacerse lo primero?

PRIYANV. El Rey ha manifestado claramente su amor á nuestra amiga por medio de miradas sentidas y amorosas; además le atormenta la tristeza, y el dulce sueño apenas cierra sus ojos. (Queda pensativa.)

REY. Todas sus palabras son ciertas, y no es otro el estado de mi alma. Hé aquí una prueba. Las ardientes lágrimas que de las mejillas caen

al brazo cuando en él se apoyan, han gastado el brillo de este brazalete y empañado el lustre de sus preciosas joyas. Antes entraba apenas por el brazo, y ahora á cada momento se desliza sin tropezar siquiera en esta herida que me ha causado el roce de las cuerdas del arco; ya estoy cansado de volverle á colocar en el lugar conveniente.

PRIYANV. Una idea me ocurre. Escribe al Rey una carta amorosa; yo la envolveré en una flor, y con el pretexto de que la cubierta ha servido de ofrenda á los dioses la pondre en su régia mano.

ANASUYA. Tu plan me agrada en extremo. ¿Y qué dice á esto Sakúntala?

SAKÚNT. ¿Qué duda puede haber cuando se trata de cumplir un mandato?

PRIYANV. Pues haz memoria de alguna improvisación compuesta en verso ameno, y principalmente alusivo á tu situación presente.

SAKÚNT. Está bien: me pondré á recordar un verso que reúna esas condiciones, pero mi corazón teme un desprecio del amado.

REY. (Con júbilo.) No léjos de tí suspira, prenda amada, el hombre de quien temes un desprecio, y más que tú desea la unión de nuestros corazones. Si el que pretende puede temer ser rechazado, no así tú que eres joya incomparable, y tus deseos se verán siempre cumplidos.

PRIYANV. Una modestia exagerada te induce siempre á rebajar tus dotes extraordinarios. Piensa que nadie comete la ligereza de apartar de sí con el vestido los rayos de la hermosa Luna de otoño que despiden dulcísima frescura.

SAKÚNT. (Con sonrisa.) Déjame: ahora estoy ocupada. (Se sienta y queda pensativa.)

REY. Buena ocasión se me presenta de contemplar á mi amada: lo haré sin apartar de ella un instante los ojos. En esta nueva ocupación recibe su rostro singular gracia y celestial belleza; las cejas que sombrean sus lindos ojos se asemejan á las delicadas ramitas de una esbelta Liana: el fuego que enciende sus mejillas da claro testimonio del amor que su corazón encierra.

SAKÚNT. Amigas mías, ya tengo improvisados los versos; pero no hay materiales de escribir.

PRIYANV. Fácil es marcar los signos en esta hoja de Lotos, más tierna que la pechuga de un papayo.

SAKÚNT. (Hace lo dicho.) Ahora estadme atentas y decid si la estrofa contiene ó no algún pensamiento.

AMIGAS. Te escuchamos atentas.

SAKÚNT. (Lee.) Sin conocer el secreto de tu pecho, abraza el amor implacable, día y noche, toda mi existencia: las delicias de mi corazón están en tu cariño.

REY. (Presentándose de improviso.) Hermosa niña, si la llama de amor arde en tu pecho, á mí su fuego inextinguible me consume lentamente, y agota mis fuerzas, al modo que los rayos del Sol marchitan á una hermosa Lotos-nocturna.

AMIGAS. (Con júbilo.) Bienvenido el amado que solicita acude á las primeras voces de su amante.

(Sakúntala se dispone á levantarse del lecho de flores.)

REY. Permanece tranquila, bella mía. Estás más hermosa descansando sobre el lecho de aromáticas flores y hojas de Lotos que á la menor presión despiden suavísima fragancia. Tu es-

(1) Es la ceremonia que se practica con los muertos.

tado no permite que hagas este ligero esfuerzo.

ANASUYA. Puesto que el noble príncipe nos ha honrado con su presencia, tome asiento en este banco. (Lo hace; Sakúntala no se atreve á levantar los ojos.)

PRİYANV. Por mi carácter de amiga de Sakúntala me creo en el deber de haceros, señor, una advertencia. Este grave asunto no debe terminar en declaraciones recíprocas de amor y de cariño. Algo más piden el honor y el decoro.

REY. Explica tus deseos; no tardes: muchas veces lo que se quiso hablar y se calló, produce pesadumbre.

PRİYANV. Es deber del Rey Augusto poner remedio y término á las desgracias de los débiles mortales: ya conoces tu destino en el presente caso.

REY. Ciertamente, no han sido otras mis intenciones.

PRİYANV. Pero ten presente que el divino Amor, dirigiendo sus flechas á vuestros corazones, ha producido en nuestra amiga este abatimiento: ahora de tí depende conservar la vida de la hermosa niña.

REY. Bella jóven; no ignoras que su amor es de mí correspondido, y que de su cariño espero mi dicha y mi ventura.

SAKÚNT. (A Priyavadá.) No hables más de esto, amiga mía: no ves que aumentas la pena del Rey augusto, contristado ya por el recuerdo de las hermosas mujeres de su palacio.

REY. Niña adorable. Si tú, que habitas como única señora en mi corazón, que por tí y para tí sola tiene vida y siente; si tú, que me tienes embriagado con tus encantos y tus lindos ojos, piensas de otro modo, me quitarán la vida las certeras flechas del divino Amor, enclavadas ya hasta el fondo de mi pecho.

ANASUYA. Nobles son tus sentimientos; pero cuentan que los Reyes tienen crecido número de concubinas en sus palacios: por eso debieras empeñar tu real palabra de amor y dar contento á nuestra amiga, de tal modo que todas envidiásemos su gloria y su ventura.

REY. ¿Qué más promesas quieres? Aunque tengo muchas mujeres que se disputan una mirada de mis ojos, dos solos objetos forman hoy la gloria de mi casa: la tierra ceñida del Océano inmenso, y esta vuestra hermosa y adorable amiga.

AMIGAS. Ya estamos tranquilas.

PRİYANV. (Mirando en torno suyo.) Anasúya, mira cómo aquel hijito de gacela vuelve hácia nosotras sus tristes ojos, buscando con ansiedad á su madre; ven, corramos á prestarle auxilio. (Se levantan.)

SAKÚNT. ¡Cómo! ¿y me dejareis abandonada? ¿Ni una de vosotras quiere acompañarme?

AMIGAS. ¿Qué puedes temer, si tienes á tu lado al protector de toda la tierra? (Salen.)

SAKÚNT. ¡Qué! ¡las dos me abandonan!

REY. No turbes tu reposo; yo no me aparto de tu lado y estoy pronto á servirte. ¿Quieres que te dé aire fresco con abanicos hechos de verdes hojas de Lotos, ó que levantando del suelo tus piés, más lindos que la flor de Lotos, les frote suavemente?

SAKÚNT. No está bien que me deje yo servir de tí, que eres digno de honor y de respeto. (Se incorpora y hace ademán de salir.)

REY. Adorada niña; aún no ha pasado el gran calor del día: ¿Cómo pretendes abandonar en este estado el lecho florido y dejar el velo que protege tu pecho, exponiendo tu cuerpo delicado á los rayos de un sol ardiente? Y tus fuerzas agotadas... (La hace retroceder tomándola del brazo.)

SAKÚNT. ¡Páurava! No faltes al decoro. Aunque el fuego de Amor me consumiese, no dispondré de mis destinos. Aparta.

REY. ¡Tímida niña! Nada tienes que temer del venerable Maestro: tus recelos son infundados. El sabio Kaçyapa, profundo conocedor de las leyes, no puede condenar la union de nuestros corazones. De muchas hijas de reyes se cuenta que celebraron su himeneo al modo de los divinos Gandharvas, recibiendo despues la sancion paterna (1).

SAKÚNT. Eso está bien; pero no debo obrar en esto sin pedir consejo y parecer á mis amigas; por lo tanto, déjame libre.

REY. Te dejaré, si así lo quieres.

SAKÚNT. ¿Cuándo?

REY. ¡Bella mia! A la manera que la industriosa abeja extrae con más gusto la sávia de las flores nuevas y delicadas, así yo, sediento, bebería con placer infinito la miel dulcísima de tus bellísimos y ardientes labios. (Intenta levantar la cabeza de Sakúntala; pero ésta le rechaza con energía. En tanto se oye detrás del escenario una)

Voz. El C'akravaka anuncia á su compañera amada que la noche se acerca (2).

SAKÚNT. (Asustada.) ¡Páurava! La noble Gautamí viene para informarse de mi estado; ¿qué hacer? Escóndete detrás de estos arbustos.

REY. Voy al instante. (Lo hace. Despues entra Gautamí con un vaso en la mano seguida de las amigas.)

AMIGAS. Por aquí, noble Gautamí.

GAUTAM. (A Sakúntala.) ¡Hija mia! Ha cedido algo el fuego que abrasaba tu cuerpo?

SAKÚNT. Siento algun alivio.

GAUTAM. Estas gotas de agua de Darbha te devolverán tu salud primera. (Rocía con ella la cabeza de la jóven.) El día está espirando; anda y vamos á nuestros pabellones. (Salen.)

SAKÚNT. ¡Corazon mio! Cuando pocos momentos hace se ofreció á tí el amante por humilde esclavo, te causaron espanto sus palabras cariñosas; ahora te muestras arrepentido y pesaroso de tus propias obras. (Anda algunos pasos, se detiene y prosigue.) ¡Oh amena empalizada de trepadoras que alejas los pesares! Adios; pronto volveré á gozar á tu sombra las delicias que me ofreces. (Sale con las amigas y Gautamí, haciendo señales de pesadumbre.)

REY. (Sale de entre el ramaje y queda pensativo y triste.) ¡Ay! ¡Cuántos impedimentos tiene que remover el hombre ántes de lograr sus deseos! ¡Miserio de mí! Apenas hice intencion de levantar un poquito la cabeza de mi amada, fueron rechaza-

(1) Este matrimonio se contraía sin ceremonia alguna, como consecuencia de amor probado en los amantes. No se pide para ello consejo de los parientes, á quienes se pone en conocimiento del hecho, despues de consumado.

(2) C'akravaka, es el Anascosarea, una especie de ganso que durante la noche está condenado á vivir separado de su compañera. Se le presenta como modelo de amor conyugal, y han dado materia abundantísima á los poetas para numerosas composiciones eróticas y sentimentales. Durante el día viven juntos; al llegar la noche una maldicion les obliga á separarse; entónces empieza entre ambos un diálogo de quejas y lamentos.

dos con noble orgullo mis halagos, y no logré siquiera contemplar su rostro, que una vez y otra cubrió con su mano blanca y delicada. Y la llama de mi pecho ardía con nueva furia, porque en sus desdenes fieros y en medio de la turbación interna de su alma estaba sin igual radiante de hermosura y de belleza. Sus grandes cejas cautivaban mi alma cual cadenas de esclavo; pero ella impasible apartaba de mí el rostro, y después de prolongada lucha, no logré apagar la sed de mis ardientes labios.

¿Adónde iré, lejos como estoy de mi amada? Siento cierta complacencia en esta empalizada, cuyo ramaje ha dado sombra y regalo á mi bella Sakúntala! (Mirando en torno suyo.) Si contemplo este lecho formado de suavísimas flores, marchitas bajo el peso de su lindo cuerpo, y esta carta amorosa escrita sobre una hoja de Lotos, y este adorno hecho de finísimas fibras de la más bella de las flores que se ha deslizado de su mano... me falta valor para abandonar esta que fué morada de la más hermosa entre las mujeres. Pero ahora reina también aquí la soledad y la tristeza. (En el aire exclama una)

Voz. ¡Rey poderoso! Empezada la libación *Sóma* de la tarde (1), se han presentado en los aires multitud de espíritus malignos, á manera de sombras, de diversas formas, rojizos como el crepúsculo de la noche, sembrando terror y espanto en torno del altar en que arde el fuego sagrado.

REY. Voy á vuestro socorro. (Sale.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

FRANCISCO GARCÍA AYUSO.

CRÍTICA LITERARIA.

LA ALPUJARRA,

SESENTA LEGUAS Á CABALLO, PRECEDIDAS DE SEIS EN DILIGENCIA, POR DON PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

I.

Tan diversas ideas me acometen al asir la torpe pluma para exponer mi juicio acerca de la obra cuyo título figura al frente de estos renglones, que no sé, á la verdad, cómo organizarlas para que no se estorben unas á otras, y para que uniformadas por el método, vayan sucediéndose ordenadamente en el curso de mi trabajo.

Esta diversidad de ideas, nacidas de la lectura de un solo libro, y libro que sólo un asunto comprende—la narración de un breve y sencillo viaje,—tiene su razón de ser en la naturaleza misma del libro, porque es éste tan complejo y son tantos los extremos que abarca, que para juzgarlo pro-

(1) *Soma*, célebre sacrificio de los Indios y de los Parsis ó partidarios de Zoroastro, así llamado de la planta que constituye el principal material de la ofrenda. Sobre este importante sacrificio de los rituales indio y parsi puede consultarse la obra del autor, *Los pueblos iraníes y Zoroastro*, 1874, pág. 107 y siguientes.

funda y escrupulosamente fuera menester una instrucción sin límites y una inteligencia universal.

Las dos grandes ramas del saber humano, las artes y las ciencias, con más esa otra propiedad del alma que con frecuencia las aventaja y supera, la imaginación, se extienden, penetran y desarrollan por el tronco de la obra de tal suerte, que no se avanza por él una pulgada sin encontrarse con ellas. Nunca se descubre una descripción seca, una narración árida ó un comentario frío: el terreno por donde el autor va pasando, se fecunda bajo su planta, y aún aquellos puntos en que la realidad es más triste ó más vacía, se pueblan de encantos á impulsos del ingenio peregrino del autor, como se puebla de vegetación el secano que llega á alcanzar el beneficio de una lluvia.

Y hé aquí cómo, sin parar mientes en ello, he venido á poner de manifiesto una de las cualidades que más realzan el libro de D. Pedro Antonio de Alarcon; porque á la magia de su estilo débese, en verdad, más aún que á otra cualquiera circunstancia, el buen talante con que el lector acoge cuanto al autor le place ingerir en su libro, así sea la disertación más árida ó prolija, ó la humorada más extravagante.

El argumento, por decirlo así, de *La Alpujarra* no hubiera dado seguramente en manos menos diestras que en las del inspirado cronista de *La Guerra de Africa*, motivo para tan nutrido volumen ni para tan espacioso trabajo. Con ser las ásperas cordilleras que se elevan sobre Granada, y que van á hundirse en el mar, tan accidentadas y poéticas, tan llenas de paisajes pintorescos y de recuerdos legendarios, presto hubieran agotado el número de un historiador ó viajero, si el señor Alarcon no hubiera aprovechado su visita á aquellas elevadas cumbres para desplegar sus estudios y su fantasía, formando de su viaje como un tema enriquecido y engalanado con deliciosas variaciones.

Si se considera atentamente y por ingenio más sutil que el mio, el último libro del autor de *Madrid á Nápoles*, se hallará que, bajo su apariencia ligera y fútil unas veces, simplemente recreativa otras, obediente y esclava de la historia algunas, corre un oculto raudal de filosófica enseñanza que el vigor de la forma deja adivinar algunas veces, como el calor de la superficie y la trepidación del suelo anuncian en ciertos puntos la recóndita existencia de un volcán.

«Por satisfacer una curiosidad, por cumplir un deseo, por aliviar una pena, parece decir el autor; emprendí en Marzo de 1872 un viaje, en diligencia primero, á caballo después, por algunos pueblos y comarcas de la Alpujarra, admirando la grandeza de sus paisajes, evocando recuerdos de sus lu-

chas, hallando cordialísima acogida entre sus moradores, y meditando, cual artista filósofo á la vez que cual cristiano sincero, sobre los acontecimientos de la historia profana, allí verificados, y los misterios de la historia sagrada que la Semana santa, época en que se terminó mi excursión, traía á la mente.»

Esto sólo vería, quizá, el que leyere *La Alpujarra* sin más auxilio que los ojos y sin calarse sobre ellos las antiparras de la reflexión, cuyos cristales tanto aumentan los tamaños y acortan las distancias.

Pero Alarcon—y perdon demando por lo atrevido del símil—es una especie de Virgilio sin Dante, de Sancho Panza sin Quijote, de Mefistófeles sin Fausto, que malicioso y sarcástico como el tercero; práctico y socarron como el segundo; noble, experimentado y consolador como Virgilio en el poema, camina por las cordilleras que formó *Sierra Nevada*, y ya se asoma á los negros abismos del crimen, *infierno* del espíritu; ya acomete temerarias aventuras, á semejanza del héroe manchego; ya asiste en alas de su imaginación arrebatada y soñadora á singularísimas *noches de Walpurgis*.

A más, cuídase Alarcon en su libro de no omitir dato científico acerca de las condiciones geológicas, geográficas y topográficas del país que recorre; de sus relaciones con la filología, con la tradición y con la historia; de su fauna, y de su flora especialmente; de su estadística, catastro y agricultura; de sus condiciones climatológicas é higiénicas; de los orígenes, costumbres y carácter de los habitantes; de cuanto, en suma, puede ambicionar el erudito, el sabio, el político, el curioso, el poeta, el viajero, en un libro que no comprende bajo un sólo punto de vista, sino bajo todos ellos, la interesante region que nombran la Alpujarra.

Y todo esto lo reparte y consigue el autor con oportunidad y acierto singulares, logrando que el lector no se canse ni hastie, porque sobre ello acomoda y enlaza los anécdotas, los donaires, las pinturas, las ocurrencias y las imaginaciones, como enlaza y acomoda el hábil jardinero lozana planta de flexibles ramas y aromosas flores sobre el seco y escueto amazon de cañas que sostiene la vistosa enredadera.

Pero aún hay nuevas y poderosas razones que acuden en abono de la importancia del libro y que descubren en sus páginas otros dilatados horizontes y otras caudalosas corrientes.

Cuna y sepulcro la Alpujarra de la insurrección de los moriscos; último baluarte en que la media luna luchó con la cruz, y el Oriente con el Occidente, no era posible recorrer sus comarcas sin

recordar tan tremenda lucha, y sus consecuencias políticas y económicas, de igual modo que sus accidentes y fundamentos.

No lo ha olvidado ciertamente Alarcon, y acudiendo en demanda de seguras noticias á los fidedignos escritores, así del levantamiento de los moriscos en particular, como de los sucesos de la época en general, y consultando cuantos autores pudieran dejarle seguros datos é interesantes pormenores, traza la novelesca historia de Aben-Humeya con la de Aben-Aboo, Aben-Farag, y cuantos capitanes y soldados pelearon contra las tropas reales y sus nobles caudillos. Y lo que hay de novelesco en tal relato, no proviene de la imaginación del autor, sino de la simple exposición de los hechos, reputados como positivos, y de la acertada, aunque original combinación de relatos de escritores diferentes, con los cuales urde y borda Alarcon su historia de los moriscos insurrectos.

Y para dar mayor atractivo á su narración y más propiedad á la vez y más colorido, refiere el autor los sucesos á medida que conoce los sitios que les sirvieron de teatro, y combinando frecuentemente la geografía con la historia, expone y demuestra la influencia, resolutiva á veces, que ejerce la primera en la segunda.

Si he podido manifestar, aunque con acierto escaso, algo de lo que en el volumen en cuestión se encuentra de histórico y de científico; y lo que existe de valioso y halagador en ambos terrenos, empeño vano fuera intentar que mis lectores comprendieran, á no leerlo, lo que es, lo que contiene y lo que vale el libro, considerado como narración agradable y como escrito literario.

Todo el calor que mostró Alarcon en el *Diario de un testigo de la guerra de Africa*, toda la amenidad que imprimió á su viaje *de Madrid á Nápoles*, todo el encanto que descubrió en sus *Novelas*, toda la galanura ó la causticidad que desplegó en sus *Poesías*, hállanse en este libro, afirmados por el saber, depurados por la experiencia, enriquecidos con los nuevos tesoros que los años han aportado á su talento.

Fuera, lo repito, inútil tarea querer recordar las frases oportunas, los arranques bellos, las descripciones admirables que en la obra existen. Pero dos cosas, sí, debo consignar y explicar luego: la unidad y método especiales del libro, y lo rico de su lenguaje.

La unidad del libro consiste en la misma unidad de la existencia humana; el viaje por la Alpujarra semeja el viaje de la vida; hay, en uno como en otro, noches tenebrosas y días esplendentes; zonas primaverales y floridas, y comarcas heladas y yermas; melancólicas memorias de lo pasado, inestable condición de lo presente, es-

peranzas ó temores de lo porvenir; alegres pensamientos; tristes ideas; ásperas cuestas donde se fatiga el cuerpo y se agobia el ánimo; hermosos y apacibles verjeles donde reposa gozoso el espíritu; detalles prosáicos, hasta chocarreros, del camino, sublimaciones del alma, agitándose en ideales esferas; amores y muertes; maldades y beneficios; errores y creencias; heroicidades y traiciones; luces y sombras, bienes y males... la vida entera, según dije, con todos sus accidentes, sus variaciones y sus tintas.

Así, el libro de *La Alpujarra* no fatiga, con ser largo, ni mareja con ser heterogéneo, porque su extensión se olvida con el atractivo é interés de la lectura, y la heterogeneidad es sólo aparente, pues que se subordinan los más discordes elementos á la unidad fundamental de la obra, á su síntesis—la cual es que «sólo la fe es creadora»,—y vienen á formar un todo armonioso, como la diversidad de fenómenos fisiológicos constituyen la vida, y la diversidad de sucesos constituyen la historia.

En cuanto al método, es notable asimismo en la obra que me ocupa; el viaje, que empieza ligero, retozon y juvenil, si me es permitida la frase, acaba serio, grave, hasta melancólico, como conviene á la vejez, como es propio de los postreros años de la existencia. Coincidiendo con el fin del libro se relata el fin del levantamiento de los moriscos y la muerte de Aben-Humeya, y al propio tiempo, así como los consuelos de la religion y el recuerdo de sus misterios sacrosantos acompañan al cristiano en sus últimos instantes, así la *pasion y muerte* de Jesucristo, con la evocación de los símbolos, ceremonias y doctrinas de la Iglesia católica, acompañan al autor y al lector en las postreras páginas. Y por si esto no bastase, el extraño personaje que sirve de guía al autor al regresar al pueblo donde termina su viaje, aquel personaje cuyas palabras compendian la desdichada historia de los moriscos, aquel personaje que con sus palabras y su ademan cierra el libro, es un enterrador, y el sitio donde se queda, un cementerio.

En aquel triste campo acaban todas las grandezas y todas las pequeñeces humanas; allí debe acabar también un libro que comprende á unas y otras.

Y aquí, á mi entender, procede hacer algunas indicaciones sobre un punto del libro de Alarcon que ha motivado diversas apreciaciones de parte de la crítica. Refiérome al carácter religioso de los últimos capítulos y á la detención con que se tratan los misterios de la *Semana Santa*, parafraseando los versículos de los Evangelios.

De estas circunstancias y de las frecuentes

protestas de ortodoxia y fe cristiana que el autor consigna, han deducido algunos que tenía un saborillo sobrado devoto el libro, y que era prolija en demasía la parte consagrada á conmemorar la muerte de Cristo.

No hay sólido fundamento, según imagino, para emitir estas apreciaciones; al recordar Alarcon, conforme adelanta en su viaje, aquellas épocas en que la idea religiosa arrebatava los espíritus hasta la sublimidad y fomentaba la pasión hasta la locura, duélese de que la época nuestra, fría y calculadora en general, carezca de aquel principio vivificante que encendía los pechos en odio, sí, pero en amor también de altas empresas y heroicas hazañas. Quiere oponer á la corriente positivista y escéptica que ha inundado parte de nuestra sociedad un dique de fe y de confianza en Dios que detenga su ímpetu, y quiere á la vez patentizar que la parte simbólica, litúrgica y puramente externa del catolicismo encierra tanta poesía, tanto encanto estético, que puede, aun sin el auxilio de la idea fundamental, atraer y cautivar los ánimos. Por eso Alarcon despliega en este punto las galas de su opulenta fantasía, describiendo con cierta detención, que aquilata más el valor de los detalles, las ceremonias pintorescas, solemnes ó conmovedoras del culto cristiano en la semana que conmemora la muerte de Jesús.

Y es menester advertir además—y esta es la razón principal, á mi juicio, que abona la conducta literaria del autor en estas cuestiones,—que Alarcon, aunque creyente sincero, es siempre y ante todo artista, y que así, considera objetivamente y bajo el punto de vista del arte la mayor parte de los sucesos que acaecen ó se recuerdan en su viaje, sin excluir las estaciones de Semana Santa, y que basta observar cómo, por ejemplo, recorre siete pueblos para cumplir las siete visitas que el ritual prescribe en *Jueves Santo*, para comprender que si el cristiano quiere cumplir sus deberes religiosos, más aún quiere el poeta halagar sus imaginaciones.

Alarcon además acepta la doctrina evangélica en su pureza originaria; por ello censura harto claramente la conducta de los monarcas, los prelados y los magnates que, contra todas las leyes de la justicia, de la humanidad y hasta de la economía política aconsejaron, fomentaron ó decretaron la inicua expulsión de los moriscos; por eso se conduele de los castigos crueles y de los infames tratos que con éstos se infligieron, y por eso, en fin, en su breve, pero admirable capítulo, *Cuadro sinóptico de la Alpujarra*, levanta la figura del Cristo en la cruz por encima de todas las miserias y de todos los crímenes de la tierra, diciendo en su agonía y con los abiertos brazos, dispuestos al

perdon y al cariño: «Perdónalos, Señor, que no saben lo que se hacen!»

.....
 Réstame ahora consagrar algunas líneas, pocas—pues es extrema ya la pesadez de mi artículo,—á la forma, al lenguaje, á la bondad extrínseca del libro *La Alpujarra*.

Empiezo por reconocer que Alarcon, aficionado de antiguo á la literatura y estilo franceses, no ha perdido todavía estos resabios, con ser muy conocedor de nuestra habla y muy diestro en el manejo del lenguaje. Pero busca ante todo variedad y energía en la forma de sus escritos; anhela dar al lector exacta idea de lo que piensa ó describe, y para ello apela á cuantos medios lícitos y áun osados permite la lengua.

Apasionado del color y del calor, sobre todo, subordina á estas cualidades Alarcon todas las exigencias de la prosodia y áun de la sintáxis, y recuerda por estas libertades é imperfecciones, así como por la espléndida coloracion de sus párrafos, y por el fuego y el esplendor que les da vida, aquellos pintores que, como Rembrandt y Rubens, suelen pecar de un tanto descuidados en el dibujo, pero en los que la brillantez asombrosa de las tintas y la difusion maravillosa de la luz, suplen, ocultan y borran todas las faltas, obligando al que ve sus obras á admirarlas deslumbrado.

En este terreno es pálido cuanto yo afirmo; giros nuevos, frases vigorosas, palabras de matemática exactitud, locuciones de singular efecto, párrafos de felicísima contextura, y sobre todo esto una cadencia, una armonía jamás olvidada, y que da al libro el lírico encanto de la poesía, sin perder la amable sencillez de la prosa.

Si la obra careciese de verdad, de interes y de enseñanza, sería empero una obra insigne por la fuerza y la galanura de su lenguaje.

Puede decirse de Alarcon en este libro, respecto á su forma, que áun en lo más abrupto, yermo ó frio de la sierra, no ha olvidado el delicioso pensil de sabrosos frutos y perfumadas flores que encontró en el comienzo de su inolvidable excursion por *La Alpujarra*.

LUIS ALFONSO.

MEJICO

en la observacion del tránsito de Vénus.

Cinco dias hace, el miércoles 9, ha tenido lugar el paso de Vénus por delante del sol. A este gran concurso científico han acudido la mayor parte de las naciones civilizadas, y la República de Méjico, nuestra antigua y rica colonia, es una de las naciones americanas que, para su gloria y la nuestra, ha concurrido al éxito de las observaciones.

La Comision nombrada al efecto por el Sr. D. Sebastian Lerdo de Tejada, Presidente de la República, zarpó de Veracruz el 24 de Setiembre, y desde la Habana, donde las autoridades españolas le prodigaron todo género de atenciones, se dirigió á Nueva Yorck, de donde salió para Pekin el 16 de Octubre. Sólo en el caso de que algun contratiempo haya impedido á la Comision hallarse en Pekin ántes del 20 de Noviembre, habrá fijado el punto de sus observaciones en las ciudades japonesas de Yoko-hama ó de Yeddo, en las que tambien hay Comisiones europeas destinadas á observar el tránsito de Vénus.

Como dice muy bien una correspondencia que tenemos á la vista, «la feliz idea del señor Presidente de hacer representar á Méjico por la primera vez en un concurso científico, el universal aplauso con que ese pensamiento fué recibido por la prensa y por el público, son motivos más que suficientes para obligar á la Comision á hacer toda clase de esfuerzos para lograr el objeto elevado y digno que se propuso aquel gobierno; pero áun cuando por algun incidente imprevisto, ó por alguna dificultad invencible se perdiese la observacion, siempre será un timbre de gloria para la República el haber organizado la expedicion. Este simple hecho demuestra, en efecto, que aquel gobierno y aquella sociedad están á la altura necesaria para cooperar á la realizacion de un gran trabajo científico; y demuestra tambien que el país goza del bienestar interior que le permite dedicar una parte de sus rentas á operaciones de este género, y que cuenta con personas capaces de ejecutarlas.» En efecto, sin que nos detengamos á hablar de cada uno de los miembros de la Comision mejicana, diremos que el Presidente de ella lo es el Sr. D. Francisco Diaz Covarrubias, distinguidísimo ingeniero geógrafo, autor de la magnífica obra sobre cálculos siderales que Inglaterra, los Estados-Unidos y otras naciones han marcado como texto de consulta á sus representantes en el gran concurso científico, cuyos resultados bien pronto conoceremos.

Así tenemos el mayor placer en consignarlo para honra de Méjico y de España, que por tantos lazos naturales está ligada con aquella floreciente República.

E. DE OLAVARRÍA.

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS Y ASTÍSTICAS.

Sociedad antropológica española.

19 NOVIEMBRE.

Se dió cuenta de una carta del profesor Hæckel, fechada en Jena el 30 de Octubre, en que da las gracias por su nombramiento de socio honorario.

Los señores Lopez Laza y Rodriguez Rubí (don Angel) leyeron el informe que la Sociedad les encomendó acerca de los dos Akas que han llegado á Italia desde el centro del Africa. Tan notable trabajo mereció la aprobacion de la Sociedad, con algunas observaciones muy oportunas de los señores Hysern y Galdo, acordándose su impresion en la Revista.

El Sr. Tubino presentó para su examen tres hachas de piedra, pertenecientes á un pueblo ante-histórico que debió habitar la Andalucía. Fueron examinadas con gusto, reservándose el

interesado hacer en otra sesión las oportunas observaciones.

El Sr. Calderon leyó, en nombre del Sr. Antelo, una nota, según la cual aparece que el día 2 de Junio de este año observó en el salón de la Diputación provincial de Sevilla, y ante los profesores en medicina señores D. Carlos Moron, D. Domingo Ferreira, D. Manuel Porrúa, D. Jerónimo Sanchez, D. Lorenzo Lopez Pinillo, D. José Madera y D. Ricardo de Barberá, á dos individuos hermanos, naturales de Pilas, de aquella provincia, uno de ellos de veinticinco años de edad, llamado Pedro Benitez Campos, el cual medía de altura 94 centímetros y 8 milímetros; y el otro, Gabriel Benitez Campos, de veintiocho años de edad, midiendo de altura 97 centímetros. Ambos están bien conformados, presentando solamente la casi total falta de los órganos característicos del sexo y el desarrollo sucesivo de la piel en las extremidades. Su estado intelectual, bueno; su ocupación, guardar cerdos. El objeto con que se presentaron en la Diputación fué para librar á otro hermano, mozo de diez y nueve años, de buena estatura y perfecto desarrollo, el cual estaba comprendido en la quinta. Su padre, sexagenario y pobre, tuvo que probar que los otros hijos que tenía solteros están impedidos para el trabajo, y lo consiguió.

La Sociedad oyó con gusto la lectura de esta nota, y se acordó que por secretaría se interese al Sr. Antelo para que la ampliase con nuevas y más detenidas observaciones.

Asimismo se dió lectura del programa del Congreso internacional de Geografía, que debe verificarse en París en el mes de Marzo próximo.

Fueron admitidos como socios nacionales, entre otros, los señores Rivero (D. Nicolás María), Floreu y Cristóbal, Gil y Flores, Lahoz y Sanchez, Garagarza y Dugiols, Milego y Solito, Amorga y Salas, Gomez Marrodan, Saiz Campillo, Doz y Gomez, Oliván y Sanz, Rossi y Agliasi, Regife y Bautista, y como corresponsales extranjeros los distinguidos médicos portugueses Barbosa, Curry da Cámara, Cabral, Aloes, Branco Junior, Da Costa, Alvarenga y Souse Martin.

Academia de Bellas Artes de San Fernando.

MADRID, 7 DICIEMBRE.

El Sr. Hernando presenta una bien escrita Memoria, en la que, partiendo de la base de la falta del estudio de la música en la organización actual de la enseñanza oficial, y después de consignar por extenso las ventajas y naturales consecuencias que habían de resultar para el progreso de la civilización y mejoramiento de los intereses morales de España, de la generalización del estudio de la música, formula y propone á la consideración de sus compañeros un proyecto completo de lo que, en su concepto, debe ser esta enseñanza, unida á las de las escuelas de instrucción primaria é Institutos, sin perjuicio de la Escuela Nacional que hoy existe como único establecimiento de enseñanza oficial de la música y de los demás centros que se considerasen convenientes.

En primer lugar, propone el Sr. Hernando cierta intervención de las Academias de la Lengua y de Bellas Artes, la primera en la compilación y publicación de poesías y cantares de pensamientos morales, religiosos ó patrióticos que formen la

base ó repertorio de los Orfeones; y la de Bellas Artes en la formación de métodos y obras didácticas musicales para la enseñanza oficial en escuelas é Institutos. Los orfeones populares deberán estar bajo la inspección de esta Academia, con análogas facultades á las que tiene respecto á la conservación de los monumentos artísticos.

Para la generalización conveniente de la enseñanza musical propone el Sr. Hernando un personal de dos categorías: el de primera clase, compuesto de 49 maestros compositores (uno para cada capital de provincia), que será incorporado al escalafón general de catedráticos de Institutos; y el de segunda clase, formado por los profesores de canto coral y música orfeónica que sean necesarios para que haya uno en cada población de 300 vecinos en adelante, en las mismas condiciones que los maestros de instrucción primaria. Los profesores de primera clase regentarán las cátedras de armonía fundamental y teoría general de la música que deben crearse en los Institutos; dirigirán las sesiones prácticas de orfeón para los alumnos de los mismos; darán las lecciones del orfeón popular; instruirán á los profesores de instrucción primaria de ambos sexos en academias que se formarán al efecto, y desempeñarán la inspección provincial de la enseñanza musical, además de otros deberes que con el carácter de provisionales corresponden al período de instalación. Los profesores de segunda clase dirigirán los orfeones populares, darán lecciones de canto coral en las escuelas de instrucción primaria, é instruirán á los maestros de los pueblos pequeños.

Además de todo esto, la asignatura de música habrá de figurar como parte integrante de la enseñanza de las escuelas normales, y en las corporaciones y cuerpos militares se establecerán academias orfeónicas, dirigidas por los músicos mayores.

No se oculta al Sr. Hernando, y así lo consigna, que su proyecto exige gastos y sacrificios, que aunque en gran manera reproductivos, pueden ser abrumadores en épocas tan azarosas como la presente, y bajo este punto de vista acaso parezcan exageradas, en su parte económica, las aspiraciones del proyecto; pero no lo son, sin duda alguna, si se consideran los ventajosos resultados que en un porvenir, bien cercano por cierto, puede dar la generalización de la enseñanza musical en nuestras clases populares.

Academia de Ciencias de Paris.

30 NOVIEMBRE.

Bellas artes fósiles.—M. Piette refiere que se han hecho nuevos descubrimientos, en las cavernas del Mediodía, de instrumentos de música que datan de la edad del Reno. El estudio de estos hallazgos conduce á la consecuencia de que en aquella época ante-histórica la flauta de Pan, aunque más vieja por consiguiente que el dios del mismo nombre, era ya conocida.

Historia de la ciencia.—Un antiguo miembro de la Academia, J. B. Huzard, muerto en 1836, había reunido en la forma de suplementos á las Memorias del Instituto, un gran número de noticias relativas á los sabios que la Academia había tenido en su seno, como los trabajos de esos sabios ántes de su admisión; fac-símiles de todos géneros, cartas autógrafas, particularidades históricas.

cas, retratos, etc. La colección, que comprende 280 volúmenes en 8.º, representa más de 10.000 páginas, con 1.600 planchas, 1.200 cartas y 372 retratos. A la muerte de M. J. B. Huzard la adquirió M. Bonnafous, que la regaló al nieto de Huzard, el cual había empezado un índice destinado á facilitar las investigaciones en una obra tan inmensa; pero, muerto en edad temprana, su madre ha regalado á la Academia tan preciosa colección, que comprende riquezas científicas desde 1699 á 1848.

BOLETIN DE CIENCIAS Y ARTES.

Escriben de Inglaterra que está á punto de realizarse por Trinity Board la importantísima aplicación de la electricidad al alumbrado. Los dos faros del Cabo Lizard van á ser provistos de los aparatos necesarios para la producción de la luz eléctrica. La fuerza penetrante de esta luz será de un grandísimo valor en dicha punta avanzada en el mar, la primera que encuentran los buques que regresan á Inglaterra.

Mr. Quaritch, librero muy conocido en Londres, ha puesto á la venta, en la cantidad de 85.000 francos, un ejemplar de la Biblia, impresa por Guttenberg.

La dirección de correos de Francia ha creado un centro oficial encargado del estudio de las aplicaciones de los globos al servicio de correos, bajo la dirección del coronel Laussedat. Al efecto, el ministro de la Guerra ha entregado todos los globos que sirvieron durante el sitio de París, y uno de los hermanos de Godard se ocupa en estos momentos de las reparaciones que necesitan.

Ha fallecido en Inglaterra sir William Jardine, uno de los más ardientes apóstoles de la historia natural en general, y de la ornitología en particular.

El *Journal de la Société des Arts* anuncia que M. Mege Mourrier, después de un análisis detenido de la manteca, ha conseguido producirla sintéticamente con tal perfección que, á juicio del Consejo de higiene, la imitación no puede distinguirse de la manteca natural, y se vende al precio de ésta en los mercados de París.

Los propietarios del *Great-Eastern* están discutiendo en estos momentos una proposición muy extraña que se les ha hecho: convertir este buque colosal, anclado en el puerto de Filadelfia, en un inmenso hotel flotante, en el cual, durante la Exposición universal, encuentren cómodo hospedaje unas cinco mil personas.

La novela del Sr. Alarcon, *El sombrero de tres picos*, que, publicada en nuestra REVISTA, ha constituido uno de los éxitos más espontáneos y verdaderos de autor tan apreciado, está recibiendo

grandísimos elogios del público portugués. El escritor lusitano Sr. Miraylles do Canto ha hecho una esmerada traducción de dicha obra, y la está dando á luz en el periódico de Lisboa *Jornal da Noite*.

A propósito del Sr. Alarcon, algunos pueblos de la Alpujarra le han declarado su hijo adoptivo y predilecto, á consecuencia de la publicación de la magnífica obra que sobre un país tan original como pintoresco y lleno de recuerdos históricos ha publicado después de *El sombrero de tres picos*.

Según leemos en los periódicos alemanes, el Sr. Tubino, que figuró en el último Congreso internacional de ciencia artística celebrado en Viena, ha sido,—mediante sus publicaciones sobre la materia,—nombrado miembro correspondiente del Museo imperial austriaco de Arte é Industria.

El Gobierno de Chile ha resuelto enviar todos los años cuatro estudiantes de medicina á Europa, por cuenta del Estado, para que completen sus estudios y se dediquen principalmente á las especialidades.

A tiempo de no poder publicarla en el presente número, recibimos de uno de nuestros colaboradores en Roma, una extensa biografía del malogrado Fortuny, que insertaremos en el número próximo.

La falta de espacio nos impide dar cuenta en este número de la recepción, en la Academia de Bellas Artes, de D. Antonio Arnao, y de los discursos que con tal motivo han leído dicho señor y D. Hilarion Eslava. Lo haremos en el número próximo.

La invención de las corazas de hierro destinadas á proteger los buques es más antigua de lo que generalmente se cree. En el siglo XII los Normandos cubrían sus buques de una envoltura de hierro, que se extendía desde la línea de flotación y terminaba por delante en forma de ariete. Antes habían imaginado proteger los buques de guerra con escudos de hierro. En 1534, Pedro de Aragon ordenó acorazar sus buques, á fin de protegerlos contra los estragos de las flechas incendiarias, que entonces estaban muy en uso. En la batalla de Lepanto varios buques tenían sus baterías protegidas por fuertes armaduras de hierro. Durante los dos siglos que siguieron no se hizo ningún progreso en ese sentido; pero en 1782, durante el sitio de Gibraltar, se construyeron varios buques acorazados por un sistema que todavía se sigue hoy día. Esos buques tenían una coraza de madera endurecida, y debajo de ésta un blindaje de hierro. La única diferencia entre esos buques y los de construcción reciente es que la coraza de madera endurecida y el blindaje estaban separados por una especie de colchón de pieles. Resistían dichos buques mucho tiempo el fuego de los fuertes, pero las balas rojas concluyeron por echarlos á pique (*Iron*).